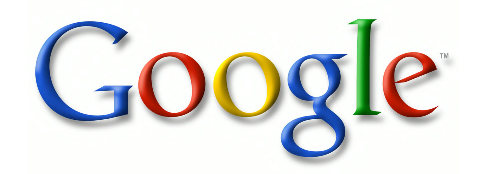
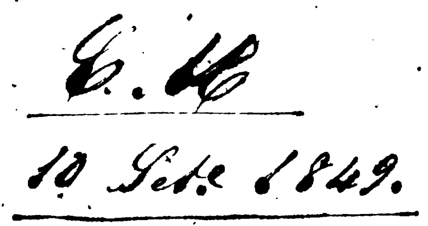






HISTORIA

DEL FINGIDO

CARDENAL DE BORBON.



Causóme verdadera compasion el aturdimiento del anciano eclesiástico....

HISTORIA

VERDADERA

DEL SARGENTO

FRANCISCO MATORAL

natural de Salamanca,

FINGIDO CARDENAL DE BORBON

EN

Francia,

escrita por él mismo y dada á luz

POR

D. J. V.

SAN SEBASTIAN:

IMPRENTA DE A. B. DE MARTINEZ.

1844.

ADVERTENCIA.

Apenas hay quien ignore que un sargento español prisionero en Francia durante la guerra llamada de la independencia se fingió cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo, y que bajo esta calidad recibió los mayores obsequios así del pueblo como de las autoridades de aquel reino; pero hasta ahora habian sido absolutamente desconocidas las causas que produjeron aquel hecho ó ficcion, y las que lo sostuvieron.

Era sensible que careciésemos de todas las circunstancias y detalles de una historia que no podia dejar de llamar la atencion por lo maravilloso y extraordinario del caso: nadie sino el mismo interesado era capaz de ejecutarlo; este empero habia fallecido en

un hospital militar despues de algunos meses de calabozo donde fué metido luego de su llegada á España. No quedaba el menor antecedente de que hubiese tenido la curiosidad de escribir su vida. La creencia general era la de que habia padecido tan craso descuido; y esto daba en verdad una idea poco favorable de él y no muy conforme con el espíritu travieso y con la ambicion novelesca que debia suponérsele.

No faltaba no obstante un depositario de tan apetecido documento que en los últimos instantes de su vida lo puso en mi poder. El sargento Francisco Mayoral hizo una relacion exacta de todo en cuatro cuadernos escritos de su letra: los dió antes de morir al sacerdote del hospital militar que le auxilió: y este eclesiástico los tuvo guardados en secreto hasta la antevíspera de su fallecimiento que los puso á mi disposicion asegurándome su autenticidad.

Esta historia no deja de ser uno de los sucesos remarcables de nuestra épo-

ca. Si un estrangero hubiese tenido el arte de engañar á nuestras autoridades militares, civiles y eclesiásticas en varios puntos del reino por el estilo que lo hizo el sargento Mayoral, se habria publicado el hecho por todo el mundo: no habrian faltado comentarios acerca de nuestra barbarie y ligereza: no hubiera quedado exenta de crítica nuestra falta de policía y de relaciones diplomáticas para averiguar la identidad de un personage que figuraba á la frente del gobierno: y una severa y exagerada pintura de la ignorancia y costumbres de nuestra nacion habria sin duda sido el blanco de muchos escritores al contar aquella historia.

Mas fué un español el sujeto que tuvo la habilidad de mofarse de la Francia: un español fué el héroe del drama, y en España, sin requirimiento de parte de la nacion chasqueada, se le encarceló y formó causa. Cuando en otros paises se habria ensalzado su mérito, parece que en el nuestro se

procuró hacer caer en olvido aquel lance, del cual no se habló sino confusamente y con alguna variedad en conversaciones particulares, y aun con temor de persecucion en el caso de no mostrar desprecio del autor en determinadas aventuras.

Parece increible que un sujeto, de cuya instruccion no formará el mejor concepto quien haya visto el original de su composicion, tuviese habilidad para sostener la farsa tanto tiempo. Esto mismo no obstante realza su mérito y es la prueba de su talento natural, mayormente cuando la comedia se representó en los teatros de la culta Francia. Apenas habria quien no graduase de fabuloso el caso si nos lo contasen de un siglo atrás; pero viven todavia la mayor parte de los que vieron al sargento Mayoral hecho un arzobispo, los que recibieron sus bendiciones, los que sangraron sus bolsillos en obsequio suyo, y los soldados que de orden de sus gefes y generales sufrieron horas de planton para hacerle honores.

Como no me he propuesto formar una novela, sino dar á luz lo escrito por el mismo interesado, no se encontrarán en esta historia bellezas de imaginacion. He adoptado un estilo llano para que se aparte menos del original que he seguido en un todo, excepto en algunas cláusulas y expresiones pesadas ó mal sonantes. El órden de materias, los pensamientos, los hechos con todas sus circunstancias, y una gran parte de los períodos y palabras de la composicion, es todo del original de nuestro sargento.

Asi es que no salgo garante de la verdad de los hechos; van tales cuales se hallan en el manuscrito, solo respondo de que realmente se encuentran consignados en él de su letra y puño, y bajo su firma y rúbrica; y aunque alguno parezca no muy verosimil al comun de los lectores, no sucederá asi á los que en aquella época tuvieron la misma suerte de prisioneros.

J. V.

manamente, y con el mal trato que acostumbraban las tropas francesas mientras los prisioneros transitaban por territorio español, me detuve enfermo en el hospital de Bayona donde permanecí cosa de un mes. Salí de allí para el depósito en compañía de unos soldados y de diez ó doce frailes: llamó mucho mi atencion á la primera jornada el ver que estos recibian de toda clase de personas camisas, dinero y cuanto necesitaban, al mismo tiempo que nada se distribuia al pobre Juan soldado. Juré á Dios entonces en mi interior que si segunda vez caia prisionero, por fraile me denunciaba.

Llegamos de esta manera á la villa de Pau, donde procuré quedarme en el hospital para dejar la compañía de los frailes que por dicha causa tanto me incomodaba. Logrélo en efecto, y á los tres dias se me presentó un oficial de mi antiguo regimiento del Príncipe llamado D. Joaquin Rodriguez con quien tomámos la resolu-

cion de fugarnos á España, como en efecto lo ejecutamos; mas al pasar el puente de S. Juan de Luz fuimos detenidos por dos españoles que se hallaban al servicio de Napoleon y conducidos á la presencia del comandante de la gendarmería de Bayona.

No fué perdida para mí la leccion pasada, ni tampoco olvidé mi juramento: así fué que preguntándome dicho comandante cual era mi estado, le respondí que el de religioso francisco: mi compañero oficial le dijo su clase y grado. Este fué conducido al castillo, y yo á la cárcel civil.

Apenas habia discurrido media hora y podido estenderse la voz de hallarme en aquel sitio, cuando una monja de la caridad me trajo una camisa, dos pañuelos, y unas medias; mandó al carcelero que me pusiese buena cama; y le dijo que á costas de ella me asistiese de todo lo necesario.

No me salió mal este primer ensayo, y principié á ver por esperiencia cuanto mejor es en todos tiempos, y

aun en Francia, la vida del fraile que la del soldado; de tal suerte que durante diez dias que estuve en la cárcel de Bayona fuí visitado por varios curas y monjas y reuní 200 reales de limosnas.

Juntáronme luego con 20 religiosos valencianos y catalanes, cuya compañía me disgustaba porque jamás han hecho buenas migas frailes y soldados. Llegamos á Cahors: logré quedarme en el hospital, donde por el espacio de ocho dias me dediqué mucho á la oracion asistiendo á todos los oficios divinos, por lo cual me encontraba muy bien entre las monjas. Vino cierto dia una de ellas á buscarme en la capilla diciéndome que me llamaba el vicario general. Obedecí al punto; halléle con la priora, y me dijo:

-- ¿Con que, padre, V. no es mas que subdiácono? -- Respondíle muy humildemente que en realidad era así; y replicó--¿pues en que se ocupaba V. en el convento?--le dije que

era organista y constructor de órganos; y en vista de esto manifestó quedar satisfecho, añadiendo que supuesto que las religiosas se interesaban tanto por mí iba á hablar al obispo paraque se empeñase con el comandante de la plaza á fin de que me permitiera quedar allí para encargarme de la recomposicion del órgano y pudiese despues ordenarme sacerdote en su lugar y caso.

¡Qué confusion fué la mia, y en que enredo me metí! A un pobre sargento le querian ordenar de misa sin saber una palabra de latin, y darle el encargo de componer un órgano cuando en su vida las habia visto mas gordas. No obstante resolví no volver atrás de una proposicion soltada sin advertir las consecuencias, cualquiera que fuese el desenlace.

A los dos dias vino el vicario general en persona á notificarme el permiso para quedar allí con tres francos diarios mientras durase el trabajo del órgano, y que despues

trataríamos de ordenarme de sacerdote. La sub-priora lo oyó con placer, y añadió que yo podria ahorrar los tres francos pues las monjas tomarian á su cargo mi manutencion: é inmediatamente por disposicion de estas recibí un vestido completo de eclesiástico.

Cátame aquí un fingido fraile vestido de clérigo á quien se encarga el arreglo de un instrumento en que jamás ha entendido. Para salir airoso del lance busqué si entre los españoles detenidos en el hospital habria uno que supiese algo en aquel ramo; pero duró poco mi ilusion pues á mi vez fuí tambien engañado. Emprendimos la obra, mas ni uno ni otro acertábamos, y al cabo de cuatro meses de hacer y deshacer lo echamos todo á perder en términos, que despues de gastados dos mil francos con materiales y con mi salario tomó el vicario general el buen partido de despedirme entregándome el pasaporte que sacó para el depósito.

No dejé de salir bien librado y de haber sacado mi provecho de este segundo ensayo, pues sobre haber bien comido y sido mejor obsequiado durante aquella temporada, salí sin pleito en razon de la estafa por falta de responsabilidad, y aun con 300 francos en el bolsillo para el próximo viage que emprendí con espíritu y aguardando con impaciencia una nueva aventura por que no podia dejar de haberlas en la carrera que habia tomado.

Salgo para el depósito; y como mi interés consistia en no llegar á él porque allí debia descubrirse el pastel, logré tener entrada en el hospital de la villa de Brives la Gaillarde fingiéndome enfermo. Trabé luego amistad con un caballero español natural de Barcelona llamado D. José Ballmanya el cual me preguntó si sabia tocar la guitarra. Respondíle que no, pero que entendia algo de piano, arpa y clarinete; y en consecuencia me aplazó para el domingo próximo con

el objeto de ir á la casa de una señora aficionada.

Dicho dia en efecto despues de vísperas fuímos á la casa de una señorita llamada Mavil.... muy linda, ricamente vestida, y en estremo amable. Nos recibió con sumo agrado; y concluido que hubo sus escusas el caballero español por la libertad que se tomó de presentarme en razon de ser aficionada á la música, nos introdujo en su gabinete. Al punto nos sirvieron bizcochos y licor, y despues de los cumplimientos debidos y de un rato de conversacion sobre música, nos trasladamos á un grande y bien adornado salon en que habia dos pianos, uno francés y otro inglés. Escogí el que me pareció mejor: toqué varias contradanzas, canciones patrióticas, y algun wals: en seguida me levantè rogando á la señorita Mavil... que se dignase darme el gusto de oirla, y no pude conseguirlo porque decia no atreverse á tocar delante tan buen maestro como yo.

Nos retiramos otra vez al gabinete y al cabo de un rato el caballero español pidió permiso para marcharse á motivo de sus quehaceres, y me rogó que hiciese un poco mas de compañia á la señorita Mavil.... Me ofrecí gustoso á ello, si no era incomodarla; y contestó: «muy al revès tendré mucho placer en disfrutar de la amable compañía del Padrecito.» Tuvimos una corta conversacion indiferente despues de salido Ballmanya, y la señorita me manifestó al fin sus deseos de que me alojase en su casa para darle lecciones de música y piano. Respondíle que era un triste prisionero, y que la falta de libertad me precisaba al sacrificio de no poder aceptar tanta dicha.

Repuso ella que no queria saber mas sino si yo era gustoso de quedarme porque en este caso corrian por cuenta suya las diligencias necesarias. ¿ A semejantes ofrecimientos de una beldad, quien se habia de resistir? La dije que desde entonces

mismo me tendria por feliz siendo el último de sus criados : y en medio de la agitacion que me causó esta nueva aventura me despedí de la señorita Mavil.... la cual me encargó que no me moviese del hospital despues de la comida.

Salí confuso y cavilando todo el camino sobre la clase de interés que podria yo haber inspirado á dicha señorita : tan pronto lo atribuia á mis prendas personales como á mi habilidad musical, y á veces á virtud ó caridad en favor de un eclesiástico espatriado. Entré en el hospital, comí, y á hora y media vino una monja y me dijo : « Padre coja V. la maleta luego luego y baje conmigo. » Obedezco y me conduce á un aposento en que estaban el comandante de la gendarmeria, el maire, la subpriora, la señorita Mavil.... su doncella y su criada.

Con los antecedentes que tenia no presagié mal de aquel aparato, mucho menos viendo entre dichas per-

sonas á mi amable Marvil..... « Padre, me dijo el Comandante, tiene V. permiso para trasladarse á la casa de esta señorita, á quien creo no dará V. el menor motivo de disgusto. » Apenas supe que responder sino por medio de acciones: y tomando la criada mi maleta, me despedí junto con la señorita del Comandante y de las Religiosas, y nos dirigimos á su casa.

Un profundo silencio reinó hasta llegar á ella, pareciéndome un encanto lo que pasaba; y solamente lo interrumpí al llegar al pié de la escalera para pedir la mano á la señorita. No quiso, segun espresó, que un religioso hiciese las veces de criado: y apesar de mis reiteradas instancias hube de ceder á su voluntad y órden; pues dijo por fin que así lo mandaba.

Entrámos en su gabinete, y encontrándonos solos me preguntó al cabo de un cuarto de hora: « V. padrecito está muy triste. » No, señora, le respondí, únicamente estaba pen-

sando: como podria reconocer al Señor y recompensar á V. tantos beneficios que me ha hecho, y como pedirle en mis oraciones que conserve en V. tanta virtud.» La señorita Mavil.... con las mas tiernas espresiones me aseguró que ninguna recompensa ecsigia; que dispusiese de todo lo que habia en su casa; y que no creyese que me tenia en clase de criado, sino de amigo, pues le inspiré el mayor interés en el primer instante que me vió: añadió que la habian embelesado mi virtud, mi humildad, mi conversacion tan cristiana; y que yo era el primer hombre del mundo por quien se hallaba encendida de amor. Contesté: «Muchas gracias señorita» con apariencia de rubor; y luego siendo llamados para la cena nos acercamos á la mesa.

Por supuesto que fueron para mí los mejores bocados; y tantos obsequios me tenian absorto, sin saber que decir ni que pensar; solo de cuando en cuando bendecia mi feliz idea de habermе fingido fraile. Como en este

estado me faltaba apetito; la señorita Mavil..... lo atribuia á tristeza y tal vez á disgusto de hallarme en su compañía; conocí que estaba desazonada; y advertí que para sacarme de la pena en que ella creia que me encontraba llamó á la sirvienta Isabel paraque preparase mi aposento. Tomóme luego ella de la mano y condújome hasta la puerta donde me despedí dándole las buenas noches como mejor supe: la contestacion fué marcharse sin hablar dándome un vivo apreton de mano. . . . .

Para un príncipe no se hubiera destinado una cama y habitacion tan ricamente adornadas. Acostéme, pero en mucho rato no pude conciliar el sueño reflexsionando que la fortuna me era propicia y que no debia yo esperar ser desgraciado en Francia. Desperté una infinidad de veces, y el desasosiego que esto me daba, me movió una fuerte tos: la señorita Mavil... que dormia en una habitacion inmediata dió algunos golpecitos

en la paréd por si se me ofrecia algo: y ya muy de mañana llamó la doncella á la puerta; y respondí que solo necesitaba agua para lavarme. La trajo al momento y preguntéle si se habia levantado su ama: dijo que sí y qué venia luego á saber por sí misma como habia yo pasado la noche.

Véola en efecto entrar, y despues de haberdos saludado y respectivamente preguntado por el bienestar se salió porque dije iba á rezar. Cojí un libro cualquiera á falta de breviario; y como noté que me observaban por una rendija de la puerta, tan pronto me arrodillaba, como me levantaba, y besaba luego el suelo haciendo las mayores demostraciones de devocion. Salí al cabo de média hora, y encontré á mi bienhechora que me esperaba para desayunarnos. Despues de esto nos acercamos al piano; puse una leccion bastante fácil; y en los intermedios del ensayo que hacia la señorita se animó un tanto la conversacion de modo que de alli en ade-

lento no nos fuimos indiferentes el uno al otro.

Le merecí á ella la mayor confianza; y como depositario de sus secretos ofreció descubrirme uno de la mayor importancia. Díjome que no habria dejado de causarme admiracion el verla jóven soltera y rica, sin padres y sin parientes viviendo con total independencia; pero que era hija bastarda del obispo de Limoges, de quien habia heredado ricas posesiones: me encargó el secreto, y ofrecí guardarlo.

En vista de esto me pareció que la escena actual de la comedia que iba representando exigia de mi parte presentar algo de extraordinario y ofrecer asimismo el descubrimiento de un caso raro. Indiqué por lo tanto á mi señorita que á su tiempo le comunicaria tambien un secreto, y que por de pronto ponia en su noticia que yo no era fraile sino una persona de mu mayor distincion.

Bastante dije para picar vivamente la curiosidad de una muger que de otra parte se habia adelantado con-

[illegible] en público á hacer confianzas; pero apesar de nuestra amistad que iba creciendo de dia en dia, y de sus continuas importunaciones, nada consiguió. Se pasaron ocho dias de esta manera, y viéndome estrechado fué preciso salir del apuro.

Tanto quise elevarme en dignidad, que para merecer mas crédito me valí de la siguiente estratagema. Fuime al hospital, llamé al barbero nombrado Martin; y le dije «toma esta carta, vé á mi casa; pregunta por mi, y como te dirán que no estoy debes replicar que traes un recado interesante; las criadas darán en seguida parte á la señorita; esta saldrá al momento haciéndote una infinidad de preguntas; dile que ha venido un caballero de España que desea verme, y al descuido, con cuidado de suerte que ella no lo vea, déjate caer en el suelo la carta y marcha.» Le di por paga adelantada diez francos; y llenó perfectamente su comision.

La carta llevaba el sobre dirigido á

D. Francisco Mus español en Brieves; y su contenido interior era el siguiente. «Madrid y diciembre 18 de 1810. Eminentísimo y Serenísimo Señor. =Noticio á V. Ema. y A. que hemos recibido carta de la mamá en que nos encarga decirle que se conserve y que no pase pena alguna. Los del Consejo le suplicamos que se mantenga incógnito y que bajo ningun pretexto descubra ser el Cardenal de Borbon pues practicamos las mas exquisitas diligencias para sacar á V. Ema. y A. del cautiverio. Por el correo próximo remitiremos 40,000 francos por conducto del Sr. obispo de Bayona. Quedamos rendidos á los pies de V. Ema. y A.—Por los S. S. del Consejo.—El Marqués de Mirabel.»

Apenas se habia despedido el barbero Martin, cuando la señorita Mavil... coge la carta; y al efecto de que la meditase di tiempo sobrado retirando mas tarde de lo que tenia de costumbre. Llegó á la casa, quítome la sotana y me pongo la levita en dos-

sion que entré llorando la doncella, y me dice: «¿No sabe Vm., D. Francisco que la señorita no hace mas que llorar despues que ha venido Martin el barbero, y se ha encerrado en su gabinete?» Salgo acelerado, llamo á las puertas vidrieras, y me quejo de que no quiera abrir, preguntándole los motivos que yo hubiese dado para no querer hablarme: añadí que pedia perdon si la hubiese ofendido, pero que tenia el desconsuelo de dejarla y partir sin saber la causa de tan estraño proceder; y la dije Adios.

No bien acabé de pronunciar esta última palabra, que se le levanta y abre la puerta llorando amargamente. Confieso que no pude resistir, porque al cabo yo era la causa de tanto dolor, y derramé tambien algunas lágrimas. Nos serenamos luego, y principié mis instancias ponderándole mi confusion y asombro, y protestándole de que mi conciencia no me acusaba de haberle dado el menor que sentir; rogué, supliqué con ahinco y con amor; per

fin mi querida prorrumpe otra vez en amargo llanto, se arrodilla á mis pies, y me dice-V. Ema. me ha traido engañada.-Cayó al propio tiempo aquella deidad en un fuerte desmayo; mi corazon se partia de pena; y mis lágrimas bañaban el hermoso rostro de mi amiga, á quien procuraba volver en sí. Llamé á las criadas, y no sin trabajo pudimos lograr lo que tanto apeteciamos.

Sus miradas y suspiros indicaban sobrado el contraste de su interior; y despues de un largo rato estando otra vez solos, usando de un lenguage respetuoso que me era muy nuevo por lo que yo era y por de quien venia me preguntó si le perdonaba la libertad que se habia tomado de abrirme una carta: añadió que su corazon le decia ya desde un principio que tenia en su compañia á un príncipe á un soberano; y que no se levantaria de mis pies hasta que la asegurase que estaba perdonada de todas las faltas que habia cometido contra mi real persona.

«Levántate, le dije, hija mia, cogiéndola de la mano, ya estás perdonada y cuenta conmigo mientras guardes inviolable secreto, pues el faltar á él acarrearia indudablemente grandes sinsabores á entrambos y haz tambien que los criados hagan otro tanto en caso que hubiesen traslucido alguna cosa.» —Asi lo prometió de una manera que llegué á creerlo: llamó en mi presencia á los criados, quienes al verme dieron muestras de estar enterados de todo, de suerte que para obligarles al silencio dije que si lo guardaban estrictamente, y quedaba como hasta entonces ignoraba en Francia mi persona, les señalaba á cada uno la pension anual de mil francos.

Como los primeros pasos de la farsa no tenian mas relacion ni objeto que el de gozar de mayor reputacion para con mi querida, y de aparecer como un héroe de novela, me ví en extremo comprometido con el hecho de ser sabedores de todo los criados

y no tuve otro recurso sino el de dar el segundo paso atrevido de asignarles dicha pension, el cual podia en efecto cortar todo progreso al comprometimiento en que me hallaba, si bien podia asimismo contribuir á aumentarlo. Los criados se mostraron muy satisfechos, juraron no descubrir lo que habia pasado, y puestos de rodillas besándome la mano se despidieron.

Debí por fuerza seguir representando el papel con mi niña, y prometí elevarla al rango de la primera nobleza de mi nacion casándola con el marqués de Sta. Cruz grande de España. Me pareció que no le desagradaba semejante matrimonio por mas que no respondia sino con lágrimas, y sollozos, y exclamaciones acerca del estado de confusion en que se encontraba; y yo por mi parte la animaba manifestándole que todo eran disposiciones del Altísimo y altos juicios suyos incomprensibles.

Serenada un poco la señorita Ma-

emperatriz de Francia: y con esta ocasion añadió; "vea V. señora, si tengo motivos para hacer lo que hago y si debe darme mucho cuidado lo que se diga.»

La señora quedó absorta sin saber que responder, y le pidió que se la concediese el honor de besarme la mano; pero no se le otorgó por entonces para que yo no supiese que se habia faltado; al secreto que aquella nuevamente prometió guardar. Apenas habia empero salido de nuestra casa se fué en derechura á la del vicario general eclesiástico poniendo en noticia suya todo lo que acaba de saber; desconcertándose asi mis planes y comprometiéndome hasta lo sumo.

El vicario general mismo se preocupó extraordinariamente con esta relacion: creyó haber tenido presentimientos que le advertian el caso; se le figuró que mis modales desde el primer dia que me vió le parecieron propios de una persona Real: y el comportamiento de la señorita Ma-

vil... conmigo le era otra prueba de la verdad de lo que se le participó. Todo se principiaba á conjurar para hacerme tener por cardenal,

No se pasaron muchas horas sin que el vicario se viniese á visitar á la señorita Mavil..: le pregunta por mí, y la reconviene por no haberle confiado un secreto que en nadie podia mejor depositar que en su padre espiritual. Le pidió donde podría hablar á S. Ema. pues estaba resuelto á no marcharse hasta haberle visto. Ella procuraba hacer el desentendido; mas por fin habiéndole dicho el cura que todo lo sabia por la señora Depart, no tuvo otro arbitrio que confesarlo, encargar nuevamente el secreto y rogar que yo no llegase á sospechar que habia sido descubierto.

No hubo remedio; el vicario general se hizo acompañar á mi aposento: entró con su sobrino; y ambos se postraron de rodillas á mis pies pidiendo mi bendicion. Confuso y absorto yo no sabia que hacer ni que

decir: y este mismo estado violento y de angustias hacia creer á los circunstantes lo que no era verdad y yo no cesaba de negar. En vano procuré persuadirles de su error, hasta llegar á insinuarles que con sus demostraciones inopinadas me hacian creer algun desarreglo en su imaginacion. Todo fué inútil: hube de seguir mi papel: y resistiéndose los dos eclesiásticos a levantarse sin mi bendicion, fué preciso dársela junto con un abrazo.

Quedaron sumamente satisfechos, y yo cada vez metido en nuevos atolladeros sin poder retroceder de mi fingido Cardenalato. Ofreciles que comiesen aquel dia conmigo; lo aceptaron gustosos; y habiendo mandado llamar á la señorita para participárselo me dijo la doncella que no hacia sino llorar en su retrete. Enviéle nuevo recado manifestando que no temiera; y en efecto vino, y echándose á mis pies me pidió perdon por haber faltado á la confianza que en

ella deposité. Hícela levantar asegurándola de que no me quedaba el menor resentimiento; y le dije que me disimulase la libertad de añadir dos personas mas á nuestra mesa.

Desde entonces toda la casa y concurrentes me dieron el tratamiento correspoudiente á mi alta clase; y el Vicario general me ofreció todos sus bienes y persona. Respondí que no los aceptaba porque nada me hacia falta y aguardaba cuanto antes recibir fondos de España. Me precisó no obstante á darle mi palabra de admitir un cubierto de oro, expresando que era una joya preciosa que yo no podria rehusar por haber pertenecido à S. M. Luis XVI mi pariente.

Comimos en una mesa opípara; fuímos despues á paseo; y al separarnos permití al Vicario general que con disimulo me besase la mano encargándole muy estrechamente el secreto.

Vuelto á casa quedéme otra vez solo con la niña; y al cabo de media

hora vinieron con recado del Vicario general dos muchachas trayendo una docena de botellas de vino de Alicante y una bonita caja con su cubierto y cuchillo de oro. Todos los dias venia á visitarme, y salíamos juntos á paseo; y las cosas siguieron asi en secreto muy cerca de dos meses.

Como durante estos viese el pueblo lo mucho que me obsequiaba el Vicario general, y hubiese alguna vez reparado que me besaba la mano, principiaron las gentes á formar câlculos diversos y preguntarse unos á otros sobre la calidad del estrangero. Llegó tambien á oidos del superfecto, á quien se dijo en los informes que tomó que yo era el cardenal de Borbon y que el Vicario eclesiástico estaba en el secreto, añadiéndole que iba á marcharme ocultamente á España con la señorita Mavil...en tanto que esta habia dado á componer el coche de viage.

No fué menester nada mas para excitar la curiosidad y vigilancia de

aquella autoridad. Envió órden á mi protectora para que yo fuese à su casa lo mas pronto posible. Me puse en cuidado por el nuevo aprieto que me aguardaba, mayormente habiendo sabido que hallándome en el paseo habia estado á visitarme el procurador imperial. Vime perdido; pero para no dar que sospechar á mi Mavil... aparenté serenidad y magestad.

Muerto de miedo, como cualquiera podrá figurarse, llegó á la casa del superfecto. Este me recibió con mucho agrado; me mandó sentar; y despues de haberme preguntado por mi salud y por la de la señorita Mavil... me habló de esta manera. —No estrañe V. que le haya llamado porque deseo salir de cierta confusion en que me veo: pretendo saber quien és V. y su estado, no quiero faltar á los respetos y honores que le sean debidos: sé que no es V. un simple religioso, y que no es suyo el nombre de que usa; V. es persona de mayor distincion: y asi espero me sacará de

toda duda. -- Mi contestacion fué la de asegurarle que yo no era sino un religioso francisco subdiácono llamado Fr. Francisco Fernandez natural de Salamanca: y que su señoria habia sido engañado si me suponian otro nombre y estado.

Cuanto mas traté de persuadírselo, tanto menos me creyó; y por fin me dijo: « No señor, yo estoy muy bien informado de su persona y nacimiento: no sé que fines le llevan á S. Ema. á no querer declararse por el Cardenal de Borbon: me consta la correspondencia que por expreso ha recibido de España: no ignoro las limosnas que ha prodigado á sus compatricios prisioneros, las que no se avienen con el hábito de fraile francisco: y sé que trata V. de fugarse con la señorita Mavil... para casarla con el marqués de Sta. Cruz.»

¡Qué apurada era mi situacion! ¡Cuánto trabajaba mi imaginacion! No sabia que responder: si sostenia mi papel, malo, por que no podia

durar: si descubria el pastel, peor, porque me hubiera caido de vergüenza delante de mi amiga y del Vicario general. Pero en fin adopté el medio de repetir al superfecto que le habian informado mal y que no debia darme mas honores que los que constaban en mi pasaporte. Replicó el superfecto si me afirmaba á lo mismo; y respondíle secamente.-Señor superfecto mi palabra no es mas que una. -En este estado me mandó llevar á la cárcel previniendo que se me tuviera sin comunicacion en el cuarto mas decente sin faltarme nada; y dispuso que la señorita Mavil... guardase arrestos en su casa hasta nueva órden.

Pensamientos encontrados llenaban sucesivamente mi imaginacion; lloraba sin cesar; y maldecia el instante que formé el proyecto de ser un héroe de novela, pues con haber declarado á la señorita Mavil,.. mi verdadero estado habria conservado su amistad, ganado mucho mas su

amor, y disfrutado sus riquezas de una manera mas estable. No padecia yo menos pensando en el concepto que ella habria formado de mí; y me consoló algun tanto un billete suyo que recibí asegurándome de su afecto y entregándome su corazon para siempre junto con un bolsillo que contenia la suma de dos mil francos.

Sin que se me hiciesen mas preguntas, al cuarto dia á media noche llega un carruage á la puerta de la cárcel; el carcelero me avisa que tome mi equipage para salir de la villa; y bajo la custodia de ocho gendarmes soy conducido á Limoges.

Muy diverso fué el recibimiento de lo que esperaba. Se detuvo el coche á la puerta de la casa del general, y al apearme me abrazó la autoridad eclesiástica que me aguardaba, y me dijo: « Monseñor, no hay mas que conformarse con la voluntad de Dios: » me tomó la mano y puso en ella un bolsillo con la suma de tres mil pesetas en moneda de oro española, aña-

diendo que él se encargaria de recoger las letras que me vinieran de España. Entramos juntos al gabinete del general, debiendo yo llevar pintada en mi rostro la congoja y confusion en que me veia. Hubiera con gusto preferido quedar para siempre encerrado en un castillo, á haber de volver á recibir tantos obsequios: pero fuerza era seguir el empeño en que á pesar mio y por chanza me encontraba metido, bien que siempre con la misma resolucion de negar para no resultar impostor y para póder decir que de los otros era la culpa de haberme creado cardenal.

Al vernos entrar el general se dirigió á mi con velocidad, me dió un abrazo, y me preguntó—¿Qué miras puede tener V. Ema. en pasar trabajos manteniéndose incógnito? — Me rogó que no le tratase como á un superior sino como haria á un súbdito y leal vasallo de los Borbones á quienes apreciaba aunque en el dia se hallaba bajo el gobierno de...: y me suplicó

que descubriese mi persona pues estábamos solos con el vicario general, el cual se retiraria tambien si yo lo deseaba.

Respondíle : - mi general, me sorprende el tratamiento que V. E. me dá; no soy el sugeto que V. E. cree, los papeles que V. E. tiene no son verídicos, el subprefecto está engañado: yo no puedo decir á V. E. otra cosa mas.-A esto repuso con vigor el General «No, Emo. Sr. estoy muy bien enterado de todo, y bajo mi palabra de honor le prometo guardar el secreto sino quiere descubrirse al Gobierno : yo mismo le favoreceré con caudales y pasaportes paraque nada sufra no descubriendo su persona.»

Este lenguage que creí sincero, bajo la esperanza de que no se hablaria mas del asuuto, de regresar luego á mi patria y salir de una vez de aquel berengenal, me hizo tomar la atrevida resolucion de hablar al General en estos términos. «General, bajo la palabra de honor que acabas de darme,

pongo en tu noticia que soy el verdadero Cardenal de Borbon; pero prefiero la suerte de simple eclesiástico á la que ha cabido á los príncipes mis primos.»

El general guardó su palabra: y dándome las gracias por la confianza que acababa de hacerle, me manifestó que no le quedaba otro sentimiento sino el de no poder disfrutar de mi compañia, y el de haber de noticiarme que bajo la calidad de simple religioso, segun las órdenes que tenia comunicadas, debia salir al dia siguiente sin falta para Montmedi: añadió no obstante que no me afligiese porque el pasaporte llevaria la nota de que yo era un eclesiástico de distincion, en vista de lo cual seria mejor tratado; y me presentò para socorrerme là cantidad de 3000 francos.

Dime mil enhorabuenas por el feliz écsito de mi última travesura; y llegué á creer que con esto daba fin á mis zozobras viviendo confundido entre los religiosos prisioneros: pero

desgraciadamente á cada paso ocurrian nuevos lances que me comprometian seriamente. Se habia divulgado la voz de que yo era Cardenal ; y Cardenal debí ser, quieras ó no quieras.

A las cuatro de la madrugada de aquel mismo dia salí en un carruage con la escolta de ocho gendarmes hacia la villa de Sedan donde fuí muy bien alojado en una de las mejores habitaciones del hospital en virtud de recomendacion que traia para las monjas de la caridad. Dos dias estuve sin ver mas que á una religiosa llamada hermana Francisca, hasta que vino á visitarme un español conocido por Salvador, sargento que habia sido de las tropas del marqués de la Romana y casado entonces en dicha villa, por habérselo instado dicha religiosa diciéndole que yo era uua persona distinguida de España.

Entró en efecto junto con dicha hermana en mi aposento hallándome en cama con motivo de una pequeña

indisposicion; no habló una palabra: se puso á mirarme hito á hito con la mayor atencion; y al cabo de dos ó tres minutos prorumpió de esta manera «Qué desgracia es la de V. Ema.? ¡ cómo ! ¿V. Ema. en un hospital ?»

Recibí con estas palabras otro golpe fatal por los nuevos apuros en que iba á verme, contesté al español: «Caballero, V. se engaña, pues yo no tengo semejante tratamiento y soy un humilde religioso.» Replicóme por el mismo estilo diciendó que me conocia muy bien porque era hijo de Toledo y su familia vivia frente del palacio arzobispal, habiéndome visto mas de cuatro veces en el paseo y en la iglesia. En esto la monja conociendo que nos empeñábamos en algun asunto de interés se retiró dejándonos solos.

Apenas ella hubo salido volvió á decirme con firmeza el español que no dudase de que me conocia tanto como á su padre. Negué una y mil veces; pero viendo la inutilidad de mis persuasiones, y recordando que

me salió bien la confesion pocos dias antes hecha al general adopté el mismo plan. Hícele prometer guardar secreto, y me dì á conocer por el Cardenal de Borbon.

Este segundo depositario de un fingido secreto, no se portó con la lealtad del primero. Las monjas advertidas por la hermana Francisca de que mi persona encerraba algun misterio por lo que habia presenciado; estuvieron espiando el momento de la salida de Salvador para interrogarle. Este salió perturbado y no pudo ocultar su agitacion esto avivó mas la curiosidad de aquellas buenas mugeres; las preguntas se sucedian rápidamente: se vió apurado entre una docena de mugeres preguntonas, como buenas monjas: y para desprenderse de ellas ofreció revelar el secreto á la sola superiora, bajo palabra de que ella lo guardaria, y le dijo que yo era el Emo. D. Luis Maria de Borbon arzobispo de Toledo y cardenal de la Escala primo del Rey de España y de la

emperatriz de Francia. Repitió en prueba de su aserto todo lo que había dicho poco antes, corroborándolo con la sorpresa que mi vista le causó; de lo cual anticipadamente habia tenido noticia dicha superiora por relacion de la hermana Francisca.

En seguida Salvador y la superiora discurrieron como cambiarme de habitacion sin que yo advirtiera el motivo y sin que sospechara que aquel faltó á lo prometido. La hermana Francisca y otra viejecita vinieron á decirme que me vistiese para trasladarme á otra parte; y se marcharon diciendo que volverian dentro un rato. Cumpliéronlo asi y me llevaron á un salon donde habia varias religiosas. Sentéme en una silla destinada para mí, y quedé asombrado mirando á todas partes y esperando el objeto de aquel congreso. La superiora conoció mi turbacion, y trató de disiparla preguntándome con sonrisa si me incomodaba la compañia: contesté que me sucedia todo lo contrario.

En este estado llegó una linda monja de edad diez y ocho años, y dirigiéndose á la superiora le dijo que todo estaba preparado. Esta me cogió entonces de la mano, y junto con dicha monjita me condujeron á una muy adornada habitacion que reusé aceptar por no convenir á un religioso. Quise volverme á la que acababa de dejar; y hé aqui que la supriora se hinca de rodillas, y dándome el tratamiento de Eminencia me suplica que la acepte, aunque no era la que me correspondia: añadió ser la que ocupaba la hermana Maria, sobrina del general Mac........, presente en aquel acto.

Echéle una buena mirada y le hice un cumplido; me pareció aun mas hermosa que la vez primera que le dirigí la vista; y quedé muy gozoso de que la superiora dejase á su cargo mi asistencia. Hablaron ambas sobre las disposiciones que debian tomarse para que yo estuviese bien servido: y cuando hubieron concluido pre-

gunté á la superiora quien habia descubierto mi secreto. No me pareció regular entrar de nuevo en el empeño de negar; y me convenia ya un tanto el ser tenido por cardenal para ver y hablar de cerca á la hermanita Maria.

Nada contestó la supriora; y prorumpiendo yo en agrias quejas contra Salvador porque habia faltado á una promesa hecha á mi real persona, se postraron á mis pies las dos monjas pidiendo que le perdonase pues reveló el secreto importunado por ellas: «Levantaos les díje, hijas mias, ya está perdonado, pero con tal que vosotras y él lo guardeis inviolablemente porque tengo poderosísimos motivos para permanecer incógnito.» Asi me lo aseguraron; y la superiora disculpó á las otras monjas de no haberme dado el tratamiento que me convenia por no ser sabedoras de mi alto rango; solicitó luego permiso para presentarlas á recibir mi bendicion; diciendo que mas valia

enterarlas de todo y mandarles guardar secreto por obediencia, que dejarlas en las sospechas concebidas de que en mi habia algo de estraordinario. No me agradó demasiado tanta publicidad, ni fié mucho en el voto de obediencia; pero una vez empeñado por mil, dije en mi interior, empeñémonos por mil y quinientas, y acordé el permiso solicitado. . . . .

La madre superiora se salió inmediatamente de mi cuarto y me quedé solo con la hermana María. Estuvimos un rato silencioso hasta que buscamos conversacion en lo apacible de la estacion y en lo ameno del sitio; y cuando principiaba yo á particularizarla sobre lo que pudo inclinar á una niña de tantas prendas á abrazar aquel género de vida, entró la superiora con doce religiosas, la mayor parte muy agraciadas; y puestas todas de rodíllas me pidieron la bendicion y que las reconociese por hijas.

Hube cuasi de pellizcarme para no perder la gravedad: me armo de todo el valor que necesitaba para no echarlo mas a perder; les doy con magestad mi bendicion; y alargándoles la mano paraque la besasen les ayudo á levantarse y les pido qne rueguen á Dios me saque del cautiverio ofreciéndoles una buena pension anual durante mi vida.

Me dejaron por fin solo; y yo prorumpia en risas de cuando en cuando como si me hubiese vuelto loco. Pensaba con lo que dirian en mi regimiento si sabian la comedia: no menos me entretenia el discurrir sobre las cruces que se harian las monjas al descubrirse tanto enredo: y me divertia con las escenas que aun me aguardaban. Eché por fin mi capa al toro, y «al menos, dije, nadie me quitará el haber salido de miseria y pasádolo mejor que el mismo Rey Fernando, y haberme burlado de una nacion que ha causado la desgracia de mi patria.»

vo: ella se retiró luego de haber comido; y una hora despues volvió á entrar junto con un caballero que haciéndome un saludo con la cabeza se quedó mirándome de arriba á bajo y se salió haciendo otra igual demostracion. Poco pensaba yo que este sujeto fuese un sastre; pero me lo persuadió su segunda visita que hizo al cabo de dos dias trayendo un paquete de ropa que espresó dejaba por disposicion de la hermana Maria.

Confieso que fuí curioso de ecsaminar lo que contenia; y cual fué mi sorpresa al ver un trage completo de cardenal! « A Dios, dije, secreto; todo se ha hecho público ya; y no hay mas remedio que seguir el viento y la tormenta.» Consolábame no poco el saber que en aquel reino no habia inquisicion, y el pensar que no era probable se me aplicase pena de muerte.

Al entrar despues mi monja hice el ignorante de lo que contenia el pa-

quete; y tomándolo ella me dijo: «Aqui tiene V. Ema. la ropa que le corresponde.» La tomé y miré afectando sorpresa, é hice á su autora mil reconvenciones por haberlo dispuesto sin mi autorizacion, asegurándola que de ningun modo vestiria dichos ornamentos porque era forzoso permanecer incógnito.

Se redoblaron extraordinariamente los ruegos y súplicas de la monjita; yo deseaba de otra parte complacerla y ganar su afecto; llegó en esto la superiora que instó lo mismo; y persuadido de que la casa del sastre habia sido un público pregon, me decidí á usar el nuevo trage, abandonándome enteramente á la suerte, resuelto á todo.

Se retiró la hermanita para darme tiempo de vestirme; y por si me observaban me arrodillé como quien hace un rato de oracion; deslié en seguida el paquete y encuentro por primera prenda una preciosa cruz de oro y un anillo con un diamante: sa-

qué lo demas que registré de arriba abajo dándole vueltas: no sabia como ponerme los vestidos ni por donde empezar porque en mi vida las habia visto mas gordas: y me arrepentí de mi arrojo, pues iba á quedar mal en lo que al parecer debia presentar menos dificultad.

Afortunadamente hice memoria de que en una antesala, aunque bastante obscura, existia un retrato ó imágen de alguu santo cardenal; y por él saqué el órden de mis vestiduras. Héteos aqui á un pobre sargentillo hecho de repente un prelado de la iglesia. Solo me faltaba poner la cruz y el anillo cuando entró la monjita; y ella, segun dijo, quiso tener; el honor de ponérmelo por sí misma.

Llegaron en esto la superiora y demas monjas que quisieron recibir mi bendicion y se la dí sin hacerme rogar. Todas me ofrecieron sus personas y escasas facultades; y dándoles por ello las mas expresivas gracias les pe-

dí que rogasen al Señor en sus oraciones por mi salud, y para que me restituyese cuanto antes á mi silla, en cuya ocasion sabrian quien era el Cardenal de Borbon, señalándoles por de pronto la pension de mil francos á cada una durante mi vida.

Es inexplicable el gozo de aquellas buenas mugeres. Se pasó aquel dia sin ofrecerse otra cosa remarcable. Al siguiente entró la superiora en mi habitacion junto con dos señoras, la una de las cuales era la Baronesa de... y la otra habia sido camarista de la Reina Antonieta de Francia. Leyó la superiora en mi interior la sensacion que me habia hecho aquella visita, y principió escusándose con la calidad de las personas y con que eran de toda confianza, y podian con su amena conversacion disminuir el fastidio que debia causarme la soledad. No habia ya remedio; y fué preciso dejar de mostrarse enojado.

Se arrojaron ambas á mis plantas: la camarista prorumpió en amargos

sollozos recordando las desgracias de su ama, y manifestó satisfaccion al mismo tiempo por habérsele proporcionado la ocasion de besar la mano de un Borbon. No pude menos de enternecerme, y la levanté cogiéndola de los brazos suplicándole que no se afligiese ni contristase mas mi corazon.

Serenados los ánimos sacó la Baronesa de su bolsa una caja de oro para tabaco con un retrato de Luis XVI; y me dijo le perdonase la libertad que se tomaba de ponerla á disposicion mia, no por su valor sino paraque yo tuviese el gusto de besar la imágen de aquel mártir de la iglesia primo mio. Tomé la caja; miré al retrato; y como hubiese principiado á fingir era del caso hacerlo bien, saqué mi pañuelo y figuré enternecerme. Entró cabalmente la monjita en el acto que hice la demostracion de acercar mi pañuelo á los ojos, y me quitó la caja de la mano para hacer cesar mi afliccion.

La tenia en verdad, pero era porque no consideré bastante pagado el peligro á que me exponian tales enredos. Se marcharon por fin aquellas señoras pidiéndome licencia para visitarme diariamente y se la concedí encargándoles estrechamente el secreto. Lo prometieron, mas no esperé demasiado qne le cumpliesen aunque eran señoras de calidad; secretos confiados á mugeres me engolfaron en un plan que por fin de fiesta terminó con mi prision. El sastre fué el único que calló; y el haberlo yo creido al revés fué causa de que tomase el trage de Cardenal y me comprometiese hasta un grado que ya no fué posible retroceder.

Se pasó un mes de esta manera recibiendo visitas de dichas señoras y de otras agregadas que me regalaban fondos. Cierto sábado que el vicario general habia venido para confesar á las monjas, la superiora le dijo que no se fuese sin subir á visitar á una persona que habia en la habitacion

de la hermana María. Le acompañó dicha superiora sin advertirle previamente la menor cosa, y fué grande su sorpresa al encontrarse en la presencia de un cardenal sin saber como ni por donde habia llegado á la villa.

No es facil ponderar el aturdimiento de dicho eclesiástico anciano que contaba por lo menos la edad de 65 años: me causó verdadera compasion; esta es la vez que cuasi me pesó mas el haber usado de tanto fingimiento. Procuré darle espíritu y le ayudé á levantarse de mis pies: en este estado le preguntó la superiora sonriéndose si sabia con quien estaba y á quien habia pedido la bendicion. Respondió que bien sabia que era un príncipe de la iglesia pero no tenia el honor de conocerme. Y al saber mi nombre y cualidades volvió á arrodillarse pidiendo le disimulase la libertad que se habia tomado de entrar en mi gabinete aunque acompañado de la madre superiora. Despues de un rato de conversacion, durante

la cual quedó el cura muy satisfecho de mis fingimientos, se retiró ofreciéndome con vivas instancias sus bienes y persona.

Apenas habia bajado la escalera entró riéndose mi monjita de lo mucho que el cura habia reñido á la superiora por no haberle avisado de antemano: y me dijo que no tardarian á llegar por disposicion suya una docena de botellas de vino generoso: como en efecto asi se cumplió.

Otros 15 dias se pasaron sin mas ocurrencia particular, sucediéndose las visitas y regalos de las señoras y del cura iniciados en tan altos misterios. Durante aquellos se divulgó el secreto en el depósito de prisioneros españoles que habia en un pueblo distante cuatro leguas. Vinieron á tropel algunos sargentos y varias mugeres presentándome memoriales para que les socorriese: y ninguno se marchaba desconsolado.

No tardó á llegar todo esto á noticia del gobierno. Cierto dia hallándo-

me con el vicario general y la monjita vino la superiora muy ufana, como si hubiese ganado un jubileo, y nos contó que acababan de estar en su habitacion el general y el perfecto á informarse de la verdad del hecho, y que no habia podido menos de hacerles una esplicacion minuciosa de todo, sin descuidar la advertencia de que S. Ema. se hallaba de incógnito. Añadió que en vista de esto le habian manifestado que al otro dia vendrian á tributar el debido homenage á mi real persona, para lo cual las señalase hora.

Recibí un golpe fatal. Fluctué sobre lo que deberia practicar; y por todos lados se me ofrecian terribles escollos. Reflexionaba que si entre las personas que viniesen á obsequiarme habia alguna que conociera al verdadero Cardenal estaba perdido y la vergüenza y la desesperacion serian el pago de mi atrevimiento: y que si me resistia á recibir á las autoridades daba que sospechar á las

monjas, al vicario general, y á las demás personas de quienes me era sumamente grata y útil la amistad y confianza. Es inexplicable mi confusion, como podrá imaginárselo cualquiera poniéndose un momento en mi lugar: jamás el negocio habia tomado un carácter tan serio: pero por fin llamando á mi socorro todo el valor y constancia que habia aprendido en los combates y fatigas de la guerra resolví sostener mi papel y mi palabra. Dije en consecuencia á la superiora que hiciese saber de mi parte al Sr. General y al prefecto que á las once de la mañana me encontrarian dispuesto á recibirles.

No dormí ni descansé un instante aquella noche: toda entera la pasé cavilando sobre mi futura suerte: y á veces me parecia que desde el besamanos iba sin remedio á un calabozo. La dificultad estaba principalmente en el modo de evadir algunas preguntas que indefectiblemente se me harian; pero creí vencerla mediante

afectar ignorancia del idioma; responder bien champurradamente de manera que no me entendiesen ni se atreviesen á repreguntarme, y revestirme, de un aire magestuoso é monente que les retragese de importunarme con demasiadas cuestiones. Formada asi mi resolucion me levanté á la hora acostumbrada.

Llegó al cabo de poco la monjita encargada de mi servidumbre y me rogó que me retirase á la habitacion de la superiora á fin de adornar la mia para el recibimiento del General y del prefecto. Obedecí, pero con un corazon tan oprimido, como pueda tenerlo un reo al trasladarse á la capilla.

Despues de hora y media viene mi monjita y, tomándome la mano me conduce otra vez á mi aposento que encontré adornado con colgaduras de seda, un dosel de terciopelo morado con tres sillas poltronas de lo mismo, una rica araña de cristal, candeleros que parecian de oro, y ramilletes de flores por todas partes. Me pareció

entrar en el paraiso; mas mi espíritu no estaba dispuesto á gozar sus dulzuras: todo mi anelo era mirar el reloj y contár los minutos que faltaban para las once.

Estaba tambien conmigo la superiora; y entrando la portera le dijo que el General y demas autoridades acababan de llegar y la aguardaban en su habitacion para hablarla. Se fué corriendo: el General la encargó me entrase recado para saber si estaba dispuesto á recibirle; y respondí que pasasen adelante.

En ninguna accion de guerra necesité tanta serenidad y valor como en esta ocasion. Entran el General y el Prefecto con toda su corte compuesta de unas veinte personas: me levanté de mi sillon colocado debajo docel: hice señal de venia al General destinándole la silla que estaba á mi derecha; luego ejecuté lo mismo con el prefecto colocándolo á mi izquierda: y en seguida dirigí la voz á los demás para que se sentasen, conforme asi lo ejecutaron.

El que primero me habló fué el General diciéndome que habia quedado absorto al tener la noticia de mi desgracia y que deseaba saber la historia de este suceso estraordinario. Aqui fué preciso aguzar mi ingenio: y para ganar tiempo y prevenirme le contesté: «General, es muy largo de contar; y unicamente hallándonos solos podré esplicártelo».

Despues de esto, y mientras estábamos en conversacion sobre puntos indiferentes, entró una monja el recado de que las señoras del General y del Prefecto deseaban besarme la mano: dí acto continuo mi permiso, y vinieron acompañadas de la misma monja: me levanté al divisarlas, y al llegar cerca de mí se arrodillaron á mis pies tomándome la mano para besarla, y se lo permití. El general cedió la silla á la señora del Prefecto y este á la del General; y héteme aqui colocado en medio de dos damas principales y no malas mozas.

Se retiraron las autoridades con su

comitiva, besándome todos la mano y diciéndome el General que volveria despues de comer. Quedé solito con las dos señoras, que por cierto no me desagradaban, muy contento de haber salido de aquel paso con felicidad aunque con zozobra por el que me esperaba dentro pocas horas. Ambas señoras se despidieron por fin tambien ofreciéndome sus personas y cuanto poseian.

Se acercó la hora de comer y me senté á la mesa con mi monjita, como era de costumbre: y estando comiendo llegó una guardia de honor de un sargento un cabo y ocho soldados que me mandó el General, junto con una ordenanza de gendarmería que estuviese á mi disposicion. Todo iba bien, subiendo yo á cada paso de tren y ostentacion paraque fuese de mas alto y mas peligrosa la caida.

Apenas nos habíamos levantado de comer llegó otra vez el General nos quedamos solos; principié la historia de mi desgracia que procuré

fuese corta y enigmática ; y el General demostró quedar satisfecho, tal vez por política, y creido quizás tambien de que yo por la misma causa nada referia de interesante. Sea como quiera no vaciló un momento en órden á creer que yo era el cardenal de Borbon. Me convidó á dar un paseo ; llamó á la ordenanza paraque la generala viniese á buscarnos con el coche ; y al parecer estaba ya todo prevenido de antemano, pues al instante llegó dicha señora con el coche y sus cuatro caballos ricamente enjazados. Al mismo tiempo se presentaron á la puerta ocho coraceros con sargento y un cabo.

Mas habilidad habia en contener la risa que de cuando en cuando me acometia con vehemencia, que en representar tan alto puesto. ¿ Quien era capaz de contenerse al ver los batidores preparados? El general pidió mi beneplácito para dirigirnos á un puebleoito distante media hora levantado por los españoles prisio-

neros; y se lo acordé; hizo en seguida adelantar cuatro coraceros á todo escape hácia el pueblo á fin de avisar á las autoridades que nos recibiesen conforme correspondia: y caminando nosotros despacio para dar tiempo, el general obsequiaba á mi monjita que me servia de page, y yo á su señora.

Fuimos recibidos con repique de campanas, y solo se oian repetidos gritos de ¡ viva el cardenal de Borbon! Las autoridades y personas de distincion nos salieron al encuentro: bajamos del coche y era preciso que los coraceros nos hiciesen paso entre la multitud que se agolpaba para verme y besarme la mano. Nos condujeron en derechura á la Iglesia, y de allí á visitar lo mas precioso de la poblacion. Repartí bastante dinero entre los españoles que trabajaban en obras públicas, y no fuí menos generoso con algunos pobres franceses.

Regresamos antes de anochecer;

y durante el camino yo mismo estaba admirado de mí por la serenidad con que me portaba y por el engaño en que tenia á tantas personas respetables. Nos apeamos en el palacio del General donde entramos; y despues de sentados en un gabinete me preguntó la generala si estaba fatigado porque el carruage no era muy cómodo: respondí con el cumplido adecuado á tanta cortesía. Era una señora de treinta y tres años de edad, bastante bien parecida; su marido pasaria sin duda de los sesenta; su amable conversacion y trato me interesó en estremo; y llegué á formar el atrevido concepto de que yo no le era indiferente, en tanto que tuve motivos fundados de sospechar que hubiese causado celos á su esposo.

Nos retiramos por fin al convento á las onee de la noche acompañándonos el general y varios oficiales que estuvieron de tertulia. Quedé libre de tanto artesano que me rodeaba y abrumaba; y solo con mi mon-

jita, á quien observé bastante mal humor durante la tarde y noche, le dirigí la palabra, y me respondió con un tono grave y no acostumbrado. Luego conocí que esta seriedad era causada de celos; pero quise saberlo por ella misma: no fué difícil, porque eran todavía mas sus ganas de decirlo. Contestó á la pregunta, que todos mis obsequios habian sido para la generala con quien me habia divertido perfectamente sin hacer caso alguno de ella: y aunque traté de persuadirla de que nadie mas poseeria mi estimacion, y que era preciso entre las personas de alto rango usar de aquellos cumplimientos, no creo que quedase satisfecha. Manifestó sin embargo estarlo al despedirse para trasladarse á su habitacion.

Agitada en consecuencia por otro estilo se pasó aquella noche. Era muy temprano todavía, pues apenas serian las ocho de la mañana del dia siguiente, cuando vino el general y

me hizo darle la palabra de comer con él: lo cumplí; y se repitió lo mismo otras veces. Igualmente le tuve yo convidado; y de este modo sin acontecer novedad notable, se pasó cosa de un mes, visitándome con frecuencia las personas principales de la villa y recibiendo de ellas muchas cantidades de dinero.

Parecíame ya que esto debia durar siempre asi sin ocurrencia alguna que me comprometiese; y sobre todo estaba muy lejos de recelar que me esperase una de tanta gravedad como la que se oirá. Cierto dia por la mañana me entró recado la monjita de que estaban allí el general y el Prefecto, quienes querian hablarme. La visita de los dos juntos me pareció tenia algo de estraordinario: y se aumentaron mis zozobras cuando principiaron diciendo que venian para que les acordase una gracia en la cual ellos y la poblacion tenian el mayor empeño. Exigieron antes mi palabra de que les complaciera; y

habiéndola obtenido mientras de ello no resultase perjuicio á mi salud y á mi estado, dijo el general que venian en nombre de las autoridades y del pueblo á rogarme que el dia siguiente celebrase los oficios divinos por ser el del santo patron de la villa. Añadió que era costumbre solemnizarlo con pompa, y que aquel año seria completa haciéndoles yo tanto honor.

Recibí un golpe mortal: no sabia que responder: buscaba escusas; y por todos lados eran soltadas las dificultades. Me veia altamente comprometido, y confiando en mi travesura de ingenio determiné contextarles que lo haria. El caso era salir del apuro del momento y ganar tiempo para resolver despues con mas acierto cuando me encontrase metido en un ceremonial acerca del cual no entendia palabra. Traté sin embargo de tranquilizarme en la parte que pudiera esto parecer un desprecio de la religion, diciéndome á mi mismo

lidad no estaba muy distante por lo combatida que se encontraba mi imaginacion, y por lo poco que habia comido el dia anterior. Tomada esta determinacion me dirigí á la sacristia y me dejé caer encima de unas tablas. Los circunstantes se disputaban el honor de socorrerme: otros fueron á avisar la novedad al general: luego corrió la voz entre la gente que habia en el templo: y lejos de haber nadie sospechado que fuese una ficcion, todo el mundo fué de dictámen que asi debió suceder atendido el mucho gentio y el grande calor que hacia.

Me frotaron las sienes y labios con espíritus: y cuando principié á dar muestras de un poco de alivio pedí agua. No hudo quien se atreviese á recordarme que debia ir á celebrar, y esto era lo que yo queria: bebí, y en consecuencia se dispuso que supliese mis veces el capellan destinado para decir la misa postrera.

Permanecí en la sacristia muy ob-

sequiado del General y de otras personas que no me dejaron. Yo me iba aliviando á proporcion que se concluia la misa el General deseaba que nos retirásemos: yo para mejor representar el papel, y con el objeto de no dar que sospechar contra la identidad de mi persona, dije que queria salir á dar la bendicion al pueblo. El general y su esposa lo resistian por temor de un nuevo accidente pero en vista de mi resolucion manifestaron agradecer tanta bondad.

Tomé en efecto el sobrepelliz y la capa, y agarrado de las manos del General y del cura me coloqué en el centro del altar mayor y dí mi bendicion; y despues de lo cual volví á la sacristia aparentando hallarme muy fatigado. Todas lás personas que me rodeaban elogiaron como un acto de valor el simple hecho de haber andado media docena de pasos para bendecir al pueblo; y me lo agradecian como un favor estraordinario y singular.

Yo quedé todavía mas satisfecho que ellas de esta memorable jornada: me parecia un sueño lo que estaba pasando; y apesar de verlo no podia cuasi creer que nada se sospechase de mi farsa. Salimos por fin de la iglesia y llegamos á la casa del General donde habia una fuerte guardia que me hizo los honores correspondientes á una persona real. Continué haciéndome del fatigado, y las dos monjas y la generala no cesaban de observarme y preguntar por mi bien estar.

Procuré no obstante mostrarme poco á poco enteramente restablecido porque se acercaba la hora de comer y debia reeplazar lo perdido durante las veinte y cuatro horas de terribles angustias. Veinte v dos personas nos sentamos á la mesa, habiendo durado la comida desde las dos hasta las seis: y luego fuimos á dar un paseo, acompañando yo á la generala, y el general á la superiora y á la monjita, viniendo además

un séquito de oficiales y otras personas de distincion.

Hubo aquella noche gran tertulia en la casa del general. Habia preparada entre otras diversiones una orquesta, que segun me dijo estaba espresamente destinada para obsequiarme. Le dí á entender que otra vez podria escusarlo porque esto no convenia á mi estado ni lo permitian las circunstancias de una guerra tan sangrienta como era la que se hacia en mi pais. Replicó entonces el General «Si S. Ema. gusta se mandará suspender porque no tengo aquí otra persona á quien obedecer mas que á S. A.; » pero yo respondí que no queria privar á los concurrentes de aquella diversion.

Entramos en seguida en el salon de música, adonde se trasladó tambien lo mas escogido de la reunion. Avistarme, levantarse todo el mundo, y romper la música, todo fué obra de un momento. Luego despues de este saludo, parando la músi-

ca, me pidieron las señoras mi bendicion que les dí levantándome y poniéndose ellas y demás personas de rodillas: y consecutivamente, previo permiso que me pidió el General, principió el concierto. No se tocaba ni cantaba pieza alguna sin que antes se me pidiese la venia; y tuve la satisfaccion de concederla á una linda niña de diez y seis ó diez y siete años que cantó á maravilla, á la que en demostracion de lo que me habia gustado le prometí dos mil francos de pension anual durante mi vida y la convidé á comer para el dia siguiente; conforme lo ejecutó y obtuve con aquella ocasion su buena amistad.

Al cabo de tres ó cuatro dias se presentó otro lance no menos serio que el anterior: el feliz resultado de este me habia hecho mas atrevido: no habia cosa que me arredrase: y llegaba á desear fuertes comprometimientos para tener el gusto de vencerlos. Vino por la noche el General

á visitarme y dijo que me participaba que la Emperatriz venia de Mayence y llegaria el dia siguiente á Mesiéres pueblo distante cuatro leguas de allí : y añadió haber pensado que no fuera malo que yo le escribiese poniendo en conocimiento suyo mi desgracia y suplicándola al mismo tiempo la merced ó permiso de residir fijamente en aquella poblacion.

Respondí al General que aprobaba su idea, y que no se me ofrecia otra dificultad sino la de no saber por quien hacer entregar la carta en sus propias manos. « Esto corre por mi cuenta », replicó el general, y la llevará el coronel comandante de los lanceros.» Ya no hubo medio para dejar de hacerlo, y al dia siguiente á las siete de la mañana envié al General un escrito que decia así :

« Sedan agosto 13 de 1843.

« A los pies de S. M. la Emperatriz.

« Querida prima : te noticio que
« mi desgraciada suerte me ha colo-
« cado en la de prisionero incógnito
« en calidad de religioso , y me valgo
« de la ocasion de tu paso por esa pa-
« ra escribirte suplicándote que ali-
« vies mi suerte luego de tu llegada
« á París donde sabrás como ha sido:
« solo te ruego el honor de ver tu
« contestacion y firma.

« Tu primo rendído á tus piés

« Luis Maria de Borbon.

« *Cardenal de Escala* »

Esta carta fué entregada á la Emperatriz en medio del camino, y así que vió la firma dió la órden para que el portador siguiese la comitiva has-

ta llegar á Reuss... donde debian hacer descanso. Siguió en efecto hasta allí el comandante de lanceros, á quien llamó despues la Emperatriz y poniendo en sus manos una carta le dijo que la entregase á su primo; y acto contínuo le dió otra para el General.

Eran las diez de la noche del mismo dia 13 que regresó aquel oficial, y entrando en mi gabinete, previo el recado de etiqueta, me entregó una carta substancialmente concebida en estos términos, pues la original me fué quitada en las aventuras que mas adelante se verán:

«Re...... (1) agosto 13 de 1813.

«Querido primo: á la distancia

(1) No siendo posible leer en el original el nombre entero de esta poblacion y de alguna otra de que se hace mencion mas adelante, ha parecido mejor poner tan solo las letras legibles para no exponerse á la exactitud.

« de seis leguas de esa he recibido tu
« apreciable carta que me ha causa-
« do mucho dolor viendo tu situa-
« cion. Por ahora no puedo aliviar tu
« suerte, pero ordeno al General que
« te dé los honores que te pertene-
« cen. Luego de llegada á París pro-
« curaré aliviarte.

«Tu prima.

« María Luisa

« *Emperatriz de Francia* »

Aunque todo era una farsa no dejé de tener cierta satisfaccion al recibo de esta respuesta, y parecíame que era yo realmente el cardenal de Borbon. Mi fantasía me llevaba al extremo de creer que si en las reyertas de España venia á morir el verdadero Cardenal de una manera que ofreciese duda, como sucede en batallas y en revoluciones, seria yo reconocido por tal hasta mi muerte.

Conozco ahora que comenzaba á estar tocado de cierta manía sobre el particular.

Apenas se difundió la voz de este hecho vinieron gentes de todas clases á festejarme: tuve guardia de honor con oficial y cuarenta hombres: me hallaba lleno de gloria viendo formarse la guardia con tambor batiente cada vez que entraba y salia: y muy á menudo exclamaba yo « ¡ah tontos cuan engañados vivís! » y tambien con igual frecuencia decia, « ¡ ah pobre Mayoral si se llega á descubrir, tu cabeza saltará del cuello! » Vino al dia siguiente por la mañana el General á decirme que tenia órdenes de la Emperatriz para que nada me faltase.

Diez dias se pasaron con obsequios, siendo yo públicamente reconocido por el Cardenal de Borbon, cuando el undécimo á las dos de la madrugada vienen al convento el General y el Prefecto, y llamando á la Superiora le dijeron que viese co-

mo podria hacerse saber á su Eminencia la muy funesta noticia de la órden llegada de Paris para que inmediatamente marchase á la fortaleza de Lille en Flandes; añadieron que todo estaba prevenido y que era preciso avisármelo sin dilacion.

Tan inesperada novedad llenó á las monjas de consternacion: entraron muchas de ellas á tropel junto con dichas autoridades en mi aposento; me sobresalté al ver tanta gente con luces, y al oir sollozos: la monjita me abraza; otra me besa la mano: y el General acercándose me dice: -- « Emo. y Sermo. Sr., tengo « el dolor de comunicar á V. Ema. « la órden de S. M. I. para que mar- « che inmediatamente; y todo está « prevenido debiéndose levantar tes- « timonio de la hora de la salida.»

Sorpresa semejante no es fácil describirla; pero me quedó todavía un rayo de esperanza en el tratamiento que el General me daba, en términos que no dudé de que en Pa-

ris se me tenia por el Cardenal. Resolví por tanto no desdecir mi pàpel; y respondí con ánimo sereno y tono humilde. «Hijos mios, no hay que «suspirar sino conformarnos á la vo-«luntad de Dios y á las órdenes del «soberano.» Al oir esto se pusieron á llorar todos los que se encontraban presentes; y reparé que decian que mi resignacion era la de un santo.

Salióse luego toda la gente del cuarto: me vestí á toda prisa; preparé mi maleta; y era muy poco entrado el dia que me hallé en disposicion de salir de la villa. No sé como ponderar el despido de las monjas; todas llorando me pidieron cien veces la bendicion; me rogaron que no las olvidase, y se lo prometí de veras: la monjita pidió permiso de acompañarme hasta la primera poblacion donde fuésemos á pernoctar; y yo le respondí que el de la superiora debia solicitar porque el mio siempre lo tenia concedido. No le costó mucho alcanzarlo, pues mis

ria en adelante el ejercicio de su ministerio.

La monjita no gustaba de estas visitas porque le robaban los momentos que habia destinado para despedirse de mí. Lloraba de contínuo; apenas probamos un bocado de la espléndida cena que nos pusieron; nuestras miradas eran el reflejo de nuestros corazones partidos de dolor. «Mi soberano, me decia ella, con amargo llanto, se acaban las horas de mi felicidad, y llega el momento terrible de perder á un padre y á un amigo....» Me recordó mi promesa de que la permitiria seguirme en Francia, en España, y en todas partes; y se caia cuasi desmayada á mis pies. Yo la queria y no me era menos dolorosa la separacion: debia no obstante guardar circunspeccion por el trage que vestia; y era forzoso evitar todo motivo de escándalo en la casa.

Procuré consolarla llenándola de esperanzas que desmentia mi cora-

zona; le prometí bajo palabra de príncipe y cardenal que llegando á mi destino practicaria las diligencias convenientes paraque me siguiese á donde quiera que yo parase: la hice presente que no debia dudar de mi cariño, pues la separacion era hija de una órden soberana, y que si voluntariamente hubiese debido hacerlo jamás me habria movido de su lado: en fin la dije que poseeria mi corazon hasta morir.

Llegó el momento de partir á las 4 de la madrugada; y dándome mi amiga el último abrazo, y recordándome que yo habia sido su primer amor, puso en mis manos un paquetito quc contenia la suma de tres mil francos.

Con estos y con dos mil mas que yo traia de Sedan tuve para regalarme muy lindamente en el viaje para la ciudadela de Lille. Los gendarmes mismos que me conducian iban publicando por todos los pueblos del tránsito que yo era el Cardenal de

Borbon ; y esto era causa de que me viese continuamente obsequiado. Pasé por algunos depósitos de prisioneros españoles, y en todos ellos dejé bastante dinero, pues no estaba en mí dejar de socorrerles viéndolos tan miserables.

Otra de las jornadas fué la de la llegada á Valanciennes, donde como de costumbre fuí alojado en la cárcel, aunque en una habitacion muy decente. Llegamos muy tempráno y tuve deseos de saber si por allí habia tambien compatriotas mios: lo pregunté á la hija del carcelero que era mas hermosa que esquiva, y me respondió que conocia á un sargento llamado Juan Bautista el cual me daria razon de todo. La encarqué que lo enviase á buscar, bien distante de sospechar que su visita tuviese los resultados que luego se verán.

Vino al momento el buen hombre, y como iba enterado de que le llamaba el Cardenal de Borbon entró haciendo los honores debidos á una

real persona. Me dijo que en aquel hospital habia seis oficiales enfermos y que en un pueblo distante cosa de unas dos horas habia un depósito de individuos de dicha clase y un general. Dije que hubiera sido gustoso de verlos; y al oir esto el sargento se fué él mismo á participarles aquella novedad.

Algunos de dichos oficiales como verdaderos patriotas y leales vasallos de su soberano se presentaron sin pérdida de tiempo, siendo otros de ellos el coronel D. Juan Sandoval, el teniente coronel D. Luis Chaparro, otro llamado Iselme, y otro Losada con sus señoras esposas. Confuso me hallé al recibir el recado de tantas personas que querian besarme la mano: mi temor era grande de que hubiera quien conociese el cardenal de Borbon.

Entraron en ocasion que me hallaba conversando con la hija del carcelero, habiendo servido de introductor el sargento Bautista. Al acercárseme

doblaron todos sus rodillas; y yo lastimándome y haciendo como quien se afligia, les eché la bendicion y diles á besar la mano: á las señoras se la dí tambien para ayudarlas á levantarse.

Hice que se sentasen y principió una larga conversacion. Unos me decian: «¡Cuántas guardias he hecho en el palacio de V. Ema.!» Otro añadia: «Luego que ví á V. A. le he cónocido.» Otros manifestaban haberme visto en Toledo paseando con mi hermanita: y otro en prueba de que me conocia dijo haber servido en el cuerpo de reales guardias de corps. Yo viéndoles tan ciegos y preocupados creí que la Providencia queria que siguiese mi papel; y no temiendo ser descubierto quise que se quedaran á comer conmigo.

Habia de hacer descanso el dia siguiente: y con este motivo, ó en vista de la relacion que hicieron aquellos oficiales á sus compañeros, se me presentó el brigadier D. Joaquin

Navarro y otro gefe con el Comandante del depósito y un capellan. Me dieron el tratamiento y honores correspondientes; y ya nadie dudaba en la poblacion, ni entre los oficiales del depósito de Condé, de que yo era el arzobispo de Toledo.

El general francés mandó á llamar al brigadier Navarro y otros oficiales; é informado y asegurado por ellos y por los papeles relativos á mi traslacion á Lille, de quien era yo, vino inmediatamente á tributarme sus obsequios abrazándome y pidiéndome perdon de no haberlo hecho antes por parecerle imposible que yo hubiese padecido tan grande descuido como era menester para caer en la desgracia de ser hecho prisionero: me ofreció su casa y cuanto necesitase, y que pidiese cualquiera favor que dependiese de él.

El buen éxito de los lances expresados hízome muy atrevido; quise parecer un héroe de romance; y así como cualquiera otro en mi puesto

habria tratado de alejarse y buscar aventuras en otro parage; yo por el contrario desafié á mi destino.

Dije pues al general que únicamente le pedia la gracia de permanecer descansando ocho ó diez dias entre mis paisanos. Por supuesto que se me concedió y los pasé grandemente en compañía de varios oficiales que tuve siempre á comer, gastando en esto y en obsequiar á las patronas el dinero que bañado en lágrimas me entregó la monjita al tiempo de nuestro despido.

Durante estos dias sucedió que dos oficiales me presentaron sus solicitudes pidiendo licencia para contraer matrimonio, creidos de que mi permiso les serviria á su tiempo para el goce de viudedad; pero no quise esponerles á una desgracia que recaeria sobre víctimas inocentes, y bajo pretesto de odio á todo lo que fuese francés puse el decreto. «No ha lugar á lo que se pide.»

En dichos diez dias hice un gasto

de mil francos, y era preciso reponer este déficit. Yo habia prometido á Navarro el grado de Mariscal de campo, y al capellan nombrarle primer tesorero de mi palacio. Dije pues á este último que se habian agotado mis caudales: que de un momento á otro los esperaba de España: que con este objeto habia pedido permanecer unos dias allí; que ya no tenia mas remedio que marchar; y que viese de manera de arreglar con el brigadier que se me entregasen mil francos.

Yo no sé como se lo gobernó: lo cierto es que vino esta cantidad, y salí para mi destino acompañado de otro capellan y del coronel Sandoval. Llegámos á la famosa villa de Lille; nos apeamos en la mejor fonda; y como en Valenciennes me habia visitado la marquesa de Coupigni, le envié un recado participándole mi llegada.

Si nos contasen mi historia como cosa sucedida tres siglos atrás apenas

habria quien no la tuviese por un cuento de viejas: nadie querria creer que por tantos pueblos y tantas gentes se me tuviese por el cardenal de Borbon á pesar de no llevar la mas mal forjada credencial. Parece que Dios se complacia en tener ciegos á españoles y franceses. Esa misma marquesa de Coupigni que habia sido camarista de la Princesa de Asturias afirmaba que yo era el verdadero cardenal: y lo mismo decia un francés que acompañaba á la marquesa y habia servido en España.

Dicha marquesa se nos llevó á su casa donde fuí tratado como convenia á la alta persona que representaba; y aquella noche vinieron á cumplimentarme el vicario general y otras personas distinguidas.

Retirámonos bastante tarde á la posada; y serian sobre las diez de la mañana del dia siguiente que pidieron hablarme dos gendarmes y me dijeron. «Venimos Monseñor de parte del general de la plaza á saber si

V: Ema. se halla dispuesto á recibir sus obsequios.» Yo les contexté que le dijesen que siempre que fuese de su gusto; y se retiraron.

A cosa de media hora despues se me presentaron el general, el gobernador, y el mayor de plaza; y el primero de ellos luego de haberme cumplimentado dijo: «Hace seis dias que S. Ema. tiene preparado el alojamiento, y cuando guste marcharémos.» Quise antes servirles un refresco de licores y bizcochos que aceptaron; y concluido que fué me llevaron á la ciudadela.

Todo el depósito de prisioneros que era muy numeroso me estaba aguardando formado, y al avistarme prorumpió en vivas al cardenal de Borbon: yo les eché la bendicion y les exorté á tener constancia y fidelidad al soberano, pues la Providencia no nos abandonaria. En seguida me llevaron á la casa del gobernador donde fuí muy bien recibido, é inmediatamente mandé llamar al que

servia de intérprete, i quise saber de este cuales eran los prisioneros que se encontraban mas necesitados ; y habiendo respondido que eran los de la Casamata, le dí quinientos francos delante del gobernador para que se los repartiese.

Despues de haber descansado fuí conducido al alojamiento preparado, donde encontré á un religioso francisco destinado para acompañarme, y dos prisioneros para asistirme. Esto y el tratamiento que recibia de aquellos familiares me dió á conocer que todavía duraba el engaño ; y me lo acabó de persuadir el haber recibido el dia siguiente el aviso de que al otro inmediato vendria á visitarme el general con toda la plana mayor.

Aunque debia haberme acostumbrado ya á semejantes visitas, me causó sorpresa y confusion aquel anuncio si por acaso en la comitiva hubiese alguno que promoviese cuestiones á que yo no supiese responder. Esto me tenia en bastante cuidado ;

pero habia resuelto á seguir el papel por mas que me costase la vida.

Llega el momento temido, y recibo con magestad á aquellos caballeros: dispuse que se sentasen; y la primera cosa que me dijo el general fué que no sabia como yo podia haber sido hecho prisionero, pues tenian cartas de España en que se anunciaba que yo era el presidente de la Junta de regencia: y otro sugeto que era un comisario ordenador, me preguntó si yo sabia que algun tiempo atrás un español se fingió cardenal en una villa llamada Brives y que con los gastos que hizo causó la ruina de una señorita.

Vime cogido y perdido: es imposible que no se me conociese la agitacion que esto me causó; no supe que responder; y preferí adoptar el silencio, en el cual á lo menos no encontrarian confesion ni contradiccion, y seguirian en la misma duda. Respondí que por entonces no podia contextar á aquellas preguntas, pero

lo haria dentro tres ó cuatro dias.

Se escusó el general de haberme molestado; y pidiéndome permiso para retirarse lo verificaron todos. Me quedé solo considerando la importancia y malicia de los interrogatorios, y no creí salir bien del lance, pensando tan solo en morir de un dia al otro.

El general mandó al gobernador que tuviese siempre un sargento á mi vista para presenciar todos cuantos pasos diese, y ordenó además recibir declaraciones á varios oficiales prisioneros hijos de Toledo y de las ciudades vecinas. Entre estos los hubo que dijeron que yo era el Cardenal, y otros que no; de suerte que el gobernador se halló en el mayor conflicto, tanto mas en cuanto el número de los que afirmaban excedia al de los que negaban.

Sucedió en esto que un caballero oficial de Toledo dijo al gobernador que estaba allí un capellan hijo de la misma ciudad el cual por fuerza de-

bia conocerme con motivo de haber sido ordenado por el cardenal de Borbon. Fué consecuente á esto que le enviasen á llamar, y á los siete dias de la arriba dicha visita del general volvió otra vez este con el gobernador, otras personas y el referido capellan español.

El entrar el general, y despues del saludo estilado, me dijo estas palabras que fueron una saeta que me traspasó. « Aqui tiene V. Ema. á un eclesiástico español, y creo que le ordenó V. Ema. pues ha hecho sus estudios en Toledo y es hijo de la misma poblacion. » Y dirigiéndose luego al eclesiástico le dijo: « Dígame V. padre capellan, conoce V. al señor por el cardenal de Borbon? »

Vime perdido, y mucho mas todavía al oir la respuesta del capellan quien despues de haberme estado mirando un largo rato dirigió la voz al general diciendo que su carácter no le permitia faltar á la verdad y que no podia menos de manifestar

que yo no era el verdadero arzobispo de Toledo, pues conocia muy bien á S. Ema., de quien habia recibido órdenes mayores; añadió que esta era su declaracion; pero que tambien debia decir, que tenia oido que, yo era un alto personage de España disfrazado de cardenal para mis fines particulares.

Acabado esto, volvió el general la vista hácia mí, y dijo: « Y V. que responde á lo que acaba de oir de este eclesiástico? » Ya perdí toda esperanza de sostener por mas tiempo la farsa, tan solo me consolaba la idea de que iba á representar á otro personage, segun la indicacion del capellan, y que con motivo de esto no seria tan malo el tratamiento que recibiria en adelante como debia esperarlo. Siguiendo no obstante mi sistema de buscar treguas y dar tiempo al tiempo, respondí al general que supuesto que las personas Reales de España se encontraban todas en Francia se me permitiese presen-

tarme á mi primo el Rey Fernando, en cuya ocasion verian cuan injustamente habian desconfiado de mi palabra.

El tono resuelto y aire de verdad con que me produje conocí que hacia impresion ; y las miradas que se dieron el general y demas circunstantes entre sí me convencieron de que entraban otra vez en duda y fueron un rayo de esperanza para mi. En efecto , usó ya distinto lenguage el general y dijo : «En vista de vuestra relacion puede V. Ema. escribir una carta al príncipe de Asturias , y su respuesta nos sacará de dudas para hacer á V. Ema. los honores que le pertenecen.... Y con esto se retiraron.

A pesar de que estaba resuelto á todo y que habiendo escrito tiempo atrás á la emperatriz de Francia no debia parecerme tan nuevo hacer otro tanto con el rey de España , no sabia como tomar la ocasion porque esto no era ya hacerse burlas con el

pues, le dió efectivamente el debido curso. Durante los primeros cuatro dias no hicieron mas que redoblar la vigilancia para tenerme con seguridad, y al quinto fui metido en un calabozo y despojado de todo cuanto se habia destinado para mi servicio y comodidad. Pedí hablar con el gobernador viéndome tratado de aquella manera: me quejé agriamente y le reconvine por el maltrato que se me daba: le dije que no era aquel el modo de portarse con una persona de mi clase; y le amenazé de dar parte al gobierno. Me escuchó con sorpresa, y ofreció que daria cuenta al general y me comunicaria su contestacion.

Seis dias se pasaron teniéndome del todo incomunicado, sin que el gobernador me trajese respuesta alguna, y sin ver á nadie mas que al carcelero cuando me entraba el alimento. El dia sexto á cosa de las once de la noche oí abrir la puerta del calabozo, y entraron el mayor de la

plaza y un sargento de la gendarmería: estos me dijeron secamente que me levantase: quise preguntarles que novedad era aquella pues no era hora de marchar ni de presentarse en parte alguna: la contestacion fué repetir con tono mas fuerte que me levantase porque era preciso.

¡Ay pobre Mayoral! dije entre mí. Me levanto; y luego de levantado me trajeron un vaso con licor y bizcochos y me ofrecieron caldo y cuanto quisiese. Creí ver en el vaso una copa de veneno; ó á lo menos me pareció que me ponian en capilla, en cuyos casos se es muy generoso y complaciente con los reos. No hacia otra cosa sinó pedir perdon á Dios de mis culpas: sentia no obstante que hubiese durado tan poco tiempo el engaño que hice á los franceses: y sobre todo tenia un vivo pesar de morir sin haber podido escribir esta mi historia paraque mi amada patria pudiese tener noticia exacta de lo que seguramente trataria de ocultar la

Francia llena de vergüenza por haber sido la irrision de un miserable sargento español.

Para dar á los que creí mis verdugos un testimonio de mi serenidad tomé dos bizcochos y bebí el licor. A la media hora, esto es, á las once y media poco mas ó menos llegó el gobernador y me dijo que me previniese y tomase mi capa y el sombrero. Obedecí sin chistar palabra: fuí siguiendo los pasos de mis conductores, y al salir á la calle me ví entre seis gendarmes y ocho ó nueve soldados de la guarnicion, llevándome en medio el gobernador y el mayor de la plaza.

Mi corazon estaba contristado: ideas tétricas únicamente acometian mi imaginacion: me parecia que iba á pagar en breve los buenos manjares que habia comido y los altos honores y obsequios recibidos de perpersonas de todas clases y gerarquias. Me servia de un pequeño consuelo el pensar que supe engañar á una na-

cion que nos tiene por bárbaros é imbéciles y que ella sola se pinta ilustrada y astuta: y tampoco dejaba de aliviarme el recuerdo de los muchos socorros que habia prestado á mis compatriotas prisioneros, quienes publicarian mi honradez y buenos sentimientos.

Llegamos al rastrillo del fuerte donde divisé un carruage con cuatro caballos, teniendo habierta la portezuela. Respiré, pues no dudé de que estaba destinado para mi y que por mala que fuese mi suerte no lo seria tanto como me habia figurado. Nos detuvimos al pie del coche, y el gobernador me dijo que subiese, encargándome que no diese que sentir al sargento de la gendarmeria que me acompañaba; añadió que nada me faltaria en el viage, el cual seria precipitado andando de dia y de noche; y tomándome de la mano me ecsigió mi palabra de honor de no comprometer de modo alguno á dicho sargento.

Este entró conmigo en el coche, y echamos á andar á largo trote. Mi turbacion duró un buen rato, y quedé alelado por tan inesperado tránsito de muerte á vida. Temí no obstante recobrarla para perderla luego despues de mayores y mas terribles choques. Me acordaba de mi demanda relativa á que no llevasen á la presencia del Sr. D. Fernando VII, y temblaba al pensar que mi viage podria tener este objeto. Mi sobresalto no era tampoco pequeño para el caso de que me llevasen á Paris donde de precision debia haber personas que conociesen al cardenal de Toledo.

El trato que me daba mi guardian; el haberme metido en un coche de lujo; el modo con que me habló el gobernador en el momento del despido; y el haberme asegurado que nada me faltaria; todo esto me hizo concebir la idea de que aun no quedaba desvanecida la duda acerca de mi persona: y redobló mi temor de

ser conducido á Paris ó á la presencia de Fernando VII. No me ví con paciencia para permanecer en tal incertidumbre, y determiné hacer una de las mias.

Reparé que el sargento de gendarmes habia metido dos pistolas en las bolsas del coche: y para realizar mi proyecto esperé á ver lo que haria él en la próxima parada para la muda de caballos. Llegado que hubimos á la primera posta no quise bajar como me ofreció el sargento para satisfacer mis necesidades naturales, pero lo hizo él. Con este motivo ú ocasion me apoderé de sus dos pistolas.

Luego que volvimos á andar arremetí con tono fuerte y magestuoso á mi compañero, y le dije. -- Sr. sargento, me reconoce V. por persona de honor y de grande dignidad y sangre Real. -- A lo que contextó. --Si Monseñor. -- Pues bien repliqué, es preciso que me diga V. á donde me conduce, porque pretendo y quiero saber cual será mi paradero. -- Al

mismo tiempo que le hablé asi saqué las pistolas, y entregándole una de ellas añadí que no debian pasar muchos minutos sin que yo lo supiese ó sin que uno de los dos hubiese perdido la vida.

Sorprendido el sargento con mi arrojo y decision procuró ablandarme manifestando que llevaba órdenes secretas y no podia comunicármelas sin faltar gravemente al cumplimiento de su obligacion, pero que no temiese de ningun modo por mi vida ni por malos tratos de ninguna especie. Con esto no cesaban mis zozobras, y no debí desistir de mi empresa: insistí con ardor; pero siempre se resistia el sargento por no faltar á su deber, en nada obstante mis repetidas protestas y palabra de honor de no revelarla.

Tan decidido me vió por fin á que uno de los dos muriese, que no le pareció deber esponerse á tanto: creyó quizás que el descubrir un secreto de aquella clase no podia tener

resultados de trascendencia, y despues de haberse asegurado nuevamente de mi Real palabra de no descubrirle, me comunicó que mi destino era al fuerte de Lichtemberg en Alemania donde habia depósito de caballeros oficiales, y yo estaria á las órdenes del general de Estrasbourg. Añadió que yo permaneceria allí sin comunicacion, con dos centinelas de vista, y con la paga de 37 francos y medio al mes.

Asegurado yo con esta relacion de que no iba á Paris ni tampoco debia presentarme al Rey Fernando, recobré espíritu, metí la pistola en el parage de donde la habia sacado; tomé la mano de mi guardian, y asegurándole nuevamente que nadie sabria esta revelacion le dí las mas expresivas gracias.

Anduvimos con una celeridad extraordinaria las 190 leguas de posta que hay desde la ciudadela al punto á que nos dirigiámos: hicimos el viage en tres dias y medio tan solamen-

to, regalándome muy bien y teniendo toda la asistencia necesaria. El comandante del fuerte se hallaba con aviso de la llegada de mi persona y la participó á los oficiales: estos por consiguiente aguardaban con impaciencia al cardenal de Borbon que venia prisionero: todos estaban prevenidos y salieron al patio luego que oyeron mi carruage.

Casualmente habia varios entre ellos que conocian perfectamente al cardenal de Borbon, siendo uno de estos un capitan llamado Palafox que habia frecuentado bastante el palacio de su Ema. Todos principiaron á murmurar qué yo no era el cardenal: unos decian que su estatura no era la mia, y cada cual daba el fundamento de su parecer. Auguré muy mal de este viaje; pero con dificultad esperaba verme en mayores aprietos que los pasados: y cumpliendo el comandante las órdenes que tenia me dejó en mi prision con dos centinelas de vista.

No se si seria á consecuencia de instrucciones que él tuviese, ó por haber llegado á sus oidos las conversaciones de los oficiales, que dicho comandante reunió á algunos y les pregunto si habian visto al arzobispo Borbon. Respondieron unánimes que yo seria tal vez alguna persona distinguida de España, pero no el cardenal de Toledo. Les replicó el comandante que se engañaban porque segun las comunicaciones que tenia de su gobierno yo era el verdadero cardenal, y que como á tal habia sido conducido alli en silla de posta conforme habian visto.

No cambiaron por esto de opinion los oficiales; y para convencer al comandante de su error le propusieron un general y el capitan Palafox, que les permitiese interrogarme. Hé aqui pues que á los cuatro dias de mi llegada se me prepara otro careo. Vino por la tarde un sargento con ocho soldados y fuí llevado entre filas á la casa del comandante, y al entrar en

el salon me encontré en medio de una grande reunion. Todo el mundo se levantó haciéndome cumplimientos cual pudieran hacerse á una persona de la mas alta consideracion; es decir; que los que me negaban la púrpura me tenian por un grande personaje de otra clase y procuré corresponder á todos el saludo del mismo modo.

Principió el General preguntándome como fué que la Junta de regencia habia padecido el descuido de exponerme á la desgracia de caer prisionero. El capitan Palafox me interrogó en seco si le conocia: le miré un rato con atencion y respondí que no hacia memoria de él; ni tenia presente haberle visto jamás: y replicó entonces que habia estado muchas veces en el palacio de su Ema. con su director y con el mayordomo. Me preguntó en seguida el mismo Palafox si conocia á D. Manuel Samaniego; y continuó haciéndome preguntas que me dejaban en confusion. Si bien quise contextar á todas,

conocí desde luego que desacertaba enteramente y que allí acababa mi capelo y mi cabeza. Por fin de fiesta y para dejarme completamente corrido, concluyó el capitan con estas palabras: Pues señor mio, V. será quien quiera; será un gran personage de España, un obispo, un arzobispo, ú otro diablo, pero el cardenal de Borbon no lo es V.»

El comandante no sabia lo que le pasaba; y todo su afan era decirme «que responde V. á esos caballeros?» Mi amor propio cuasi se resentia de oir aquellas verdades; y puesto en la danza traté de sostener mi fingido carácter. Contexté con resolucion en estos términos. «Sr. comandante, yo le digo á V. que estos caballeros oficiales se engañan pues soy el verdadero Cardenal y no puedo decir otra cosa sin negarme á mi mismo.»

Logré hacer vacilar á dicho comandante; y esto me bastaba por entonces. Me retiré luego por disposi-

cion suya y durante ocho dias fui tratado de la misma manera: mas luego, no sé en virtud de que informes ó resolucion, no tuve otro tratamiento que el de simple soldado recibiendo libra y media de pan y un triste rancho.

Se me hacia en verdad muy cuesta arriba este género de vida, y lamentándome comparaba la inmensa distancia de uno á otro estado. Se pasaban dias, sin ver mas que á un cabo que me traia la comida; y permanecí de esta suerte cosa de un mes ignorando absolutamente lo que pasaba y la causa verdadera de verme tratado de aquel modo.

No sé cuanto tiempo esto hubiera durado ni á que habrian venido á parar estas misas, si no se hubiesen aproximado á Francia los aliados, por cual razon el gobierno nos mandó salir de aquel punto y pasar á Chateau-Bonillon. En este pueblo disfruté libertad, y aunque estuve metido entre oficiales, pero el trata-

miento era de soldado. Al cabo de un mes recibimos tambien órden para trasladarnos en depósito á otro parage, á saber á la villa de Cambray.

Yo me consideraba dichoso con haber librado tan bien por final de mi comedia, pero no podia sufrir la vista de los oficiales de quienes habia recibido chasco tan completo como el que arriba dejo notado, ni podia avenirme á aquel género de vida obscuro y miserable. Traté de mejorar mi suerte; y para ello me valí del ardid siguiente.

Procuré quedarme atras en la marcha de manera que llegué dos dias despues que la coluna de prisioneros al primer pueblo donde residia comisario de guerra. Asi me presenté solo á este funcionario pretextando escusas de mi retraso: dije que era el capellan; y obtuve el pasaporte con el objeto de no ser molestado hasta alcanzar el depósito. Por supuesto que el pasaporte iba con la

nota de deber ser socorrido con dos francos y medio diarios; y cátame ahí por lo mismo ascendido, aunque no á Cardenal.

Buen cuidado tuve de no alcanzar á mis compañeros: me iba perfectamente visitando curas; y no hice ya en adelante ni una sola jornada á pié. De necesidad debia venir el dia en que se acabase esta cucaña; y el modo de hacerla duradera consistió en no llegar jamás al depósito. Hice medios para entrar en el hospital de la villa de Chatur...finguiéndome enfermo; lo conseguí sin grande dificultad; y me propuse permanecer allí todo el tiempo posible, y hacer otro tanto en los demás hospitales de los pueblos del tránsito. Muy distante estaba de soñar en mi cardenalato.

Quiso la casualidad para mi desgracia que viniese al cabo de dos dias al hospital un oficial llamado D. Juan Xipel de los del depósito de Condé; el cual viendome, me dijo admirado.

« Yo conozco muy bien á V. Ema.

aunque se halla disfrazado.» Le contexté con ademan de extrañar su lenguage; pero replicó que me daba el tratamiento que me correspondia porque me habia visitado junto con el brigadier Navarro y habia tenido el honor de comer en mi mesa. En seguida hizo los mayores esfuerzos para saber que fines me inducian á querer estar incógnito sufriendo penalidades que podia muy bien evitar. Añadió que contase con él en todo cuanto pudiese hasta perder la vida.

No pude negarle la verdad de los hechos que citaba porque efectivamente hice memoria de él; pero le recomendé el secreto con toda eficacia diciéndome que asi me convenia para poder regresar incógnito á mi patria y hacer evidente el mal estado de los prisioneros á fin de que fuesen socorridos. Parecióme que aquel oficial cumpliria esta prevencion; mas me engañé; y aquí comenzó mi segunda época de Cardenal, ó sea el segundo acto de mi comedia.

Apenas D. Juan Xipel se despidió de mí fué á contarlo á la superiora de las monjas del hospital ; y no pasó media hora que me ví trasladado á una estancia de distincion. Discurrieron tres ó cuatro dias sin que yo conociese en otra cosa alguna que el secreto estuviera descubierto , pero pasados , hallándome con la superiora y con Xipel entró en mi habitacion el comisario de guerra , quien despues de habernos saludado y cumplimentado en general , se dirigió particularmente á mi diciendo que á no engañarse no le era desconocida mi fisonomía y le parecia haberme visto en España. Quise saber en que parage : respondió que fué en Madrid y en Toledo : y dije entonces que podia muy bien ser porque yo realmente habia estado algun tiempo en ambas poblaciones. Hícele en seguida la pregunta de si me habia visto con trage de militar ó de paisano : y exabrupto dijo : « No señor, es otro muy diferente el que llevaba V. Ema. »

Había rato que yo aguardaba esta contextacion ú otrā semejante: sin embargo fingí haberme sorprendido que me diera aquel tratamiento, y respondió que era el que me convenia. Adopté entonces el mismo plan que tan buenos resultados me dió en la otra temporada; es decir metí en el secreto al comisario y á la monja encargándoles que lo guardasee por su parte, porque mi intencion era entrar en España de simple eclesiástico luego de hecha la paz que de próximo se esperaba. No hubo medio de persuadírselo, y salió el comisario diciendo que no podia permitirse que las autoridades y el pueblo dejasen de tributarme los honores que me eran debidos de justicia.

Yo me fuí á la capilla para estar solo y discurrir sobre el papel que de nuevo iba á representar: y una hora despues vino una monja á llamarme diciendo que se hallaba en mi cuarto el gefe militar, el comisa-

rio y el suprefecto. Salí sin detenerme; y encontré á los exprèsados sugetos junto con el vicario eclesiástico y una porcion de monjas.

Al acercarme á ellos todos doblaron la rodilla, les dí la bendicion, y se levantaron. Luego el comandante me manifestó que no podia permitir que yo permaneciese por mas tiempo en el hospital, y que iria á ocupar la habitacion que habia servido para mi príncipe. Fueron muchísimos los esfuerzos que hizo paraque pasase á su casa; y al fin no pùde menos de condescender, pero con la condicion de que viniese conmigo sor Felicité que era una jóven monja destinada por la superiora para servirme, la contextacion fué cogérme por la mano, y decir á la monjita «vámonos *ma soeur*» precedida venia de la superiora.

Entramos los tres en el coche: y habiéndonos apeado en la casa de dicho comandante; que era un general, me condujo al gabinete que mi soberano habia ocupado. Estuve asis-

tido como un príncipe; y á los dos dias me preguntó el noble patron si al siguiente querria ir con él á Tours capital de aquella antigua provincia de Turena; porque el general del departamento que residia allí estaria muy gustoso de que pasásemos un par de dias en su compañía. Le dije que no tendria inconveniente en complacerle si me encontrase con capa ó manto digno de presentarme; y al momento compareció un sastre que en diez horas lo construyó guarnecido de terciopelo morado con su cuello correspondiente. Este sastre vino acompañado de una señorita llamada Melle. Rosiére que me trajo una cruz y un anillo. . . .

No teniendo yá escusa de falta de traje fué preciso conformarse á hacer la sobredicha visita. El comandante dió aviso anticipado al general para que todo estuviese prevenido; y salimos con su señora, el suprefecto y la monjita, llevando el acompañamiento de ocho gendarmes y diez coraceros. . .

Esta es una de las escenas mas dignas de escribir en esta historia. A la distancia de hora y cuarto de la villa encontramos una avanzada de gendarmeria que reconociéndonos despachó dos ordenanzas paraque á escape avisasen á las autoridades nuestro arribo : y á poco menos de una hora hallamos al general con sus edecanes y ordenanzas, y algunos coches en que iban el vicario general y otros eclesiásticos y personas principales. Se apearon todas para cumplimentarme, y las recibí con las mayores demostraciones de cariño.

Concluida esta ceremonia seguimos el camino hácia la villa ; yendo el general y otros oficiales de graduacion al lado de las portezuelas de mi coche. A la entrada del puente se hallaban formados dos escuadrones de lanceros y un batallon de infanteria ; y al pasar por su frente me presentaron las armas y batieron marcha, haciendo algunas descargas la muralla : hubo tambien repique de



A. Fatjó

Esta fue una de las escenas mas dignas de escribirse en la presente historia.

campanas. Todo el pueblo estaba alborotado; y me condujeron al palacio del arzobispo donde pocos dias antes se habia alojado la Emperatriz; y dormí en la misma cama que sirvió para ella.

Tuve guardia de honor compuesta de granaderos imperiales y de coraceros: vino á cumplimentarme todo lo mejor de la villa, que es una de las principales de Francia: y fué tanta la gente que se agolpó en el salon, y tanto mi sofoco y placer al mismo tiempo por el pastel que estaba pegando á los franceses, que me dió una fuerte congoja y caí en brazos del general.

Este, su señora, la monja y demas personas asustadas trataron de darme socorro: fueron llamados facultativos, los cuales dijeron era menester dejarme solo y con sosiego. El general ordenó al capitan de la guardia que pusiese un oficial subalterno en el salon para que no permitiese entrar á nadie mas adentro, á excep-

cion de las dos generalas y de sor Felicité que quedaban encargadas de servirme. Dos facultativos estuvieron perennes toda la noche al lado de mi cama y las generalas y la monja no durmieron un instante.

El dia siguiente lo pasé en gran parte en la cama obsequiado como se deja pensar, y burlándome yo interiormente de los que me rodeaban: y al otro dia en que me hallaba enteramente restablecido el general de la plaza y el de Chatur.... determinaron que saliésemos á pasear y ver lo mejor de la villa acompañándome siempre los médicos. Me enseñaron varias preciosidades en que yo no entendia ni mi entendimiento estaba bastante tranquilo para examinar, y determiné regresar á Chatur....

Me despedí de los médicos dándoles una onza á cada uno, pues la generala me habia provisto para este y otros gastos: las autoridades nos acompañaron hasta fuera de la poblacion á un largo trecho, y el gene-

ral me abrazó, encargándome así él como su esposa que les escribiese desde mi patria cuando tuviese la felicidad de volver á ella.

Regresados á Chatur.... como me hallaba con dinero determiné venir á España mediante acercarme á la frontera con un pasaporte que creí fácil conseguir: visité de despido á algunas personas de confianza, y no fué de las últimas la superiora de las monjas del hospital. Esta me rogó que de tránsito me detuviese en la villa de Bourges, pues se hallaba con carta de la priora en que le pedia que se empeñase conmigo para que yo bendijese el noviciado y asistiese á la profesion de cuatro religiosas.

Por la ambicion de recoger algun dinero mas á fin de pasarlo bien en España accedí á lo que me propuso la monja; y me salió la cosa tal al revés, que llevé el terrible chasco de que voy á hablar. Salí en efecto acompañado del cura y del caballero oficial D. Juan Xipel: y como se ha-

bia hecho fama pública de mí en todos los pueblos del contorno, apenas nos apeamos á la fonda del pueblo donde resolvímos hacer alto para comer que vino el párraco á buscarnos y nos llevó á su casa donde hice traer la espléndida comida que en dicha fonda teníamos preparada. El cura antes de marcharnos quiso que su casa recibiese mi bendicion, y se la dí; habiendo sido tales sus efectos, que segun supe por lo que se verá despues, se le hundió la bodega á la media hora de habernos despedido.

Nuestro arribo al punto destinado fué feliz: muy diferente fué la salida. El general quiso llevarme á su casa, pero no lo permití porque mi direccion era al convento. Recibí todos los honores y obsequios que pueden imaginarse; y el dia inmediato siguiente tuvo lugar la ceremonia religiosa de dar el hábito. Los principales convidados para esta funcion comimos con el general, quien al levantarnos de la mesa me dijo que

podriámos ir á paseo y á ver la iglesia: contexté que me parecia muy bien. . . . .

En aquel tiempo todos los depósitos de prisioneros puede decirse que eran ambulantes; pasando de continuo de uno á otro departamento, y de una poblacion á otra. Quiso la fatal casualidad que hubiesen llegado allí algunos soldados de la guarnicion de Ciudad Rodrigo; y me encontré de improviso en la alameda con el capellan del segundo batallon del regimiento de dicho nombre. Este me conoció inmediatamente; y para mejor asegurarse fué á encontrar á algunos soldados y les dijo que fuesen en busca del que se decia cardenal de Borbon y viesen si conocia quien era. Dieron conmigo en la iglesia, y acercándose uno de ellos se arrodilló besándome la mano y recibiendo tres duros que le dí. Reconociéronme bien, y unánimes relacionaron al capellan que yo era el sargento primero que enseñaba el ejercicio al tercer

batallon llamado Mayoral é hijo de Salamanca.

En vista de esto marchóse corriendo el capellan á la casa d el general y pidió hablarle sobre un negocio urgente: le refirió lo que acaba de expresarse: el general fundado en el pasaporte no quiso dar crédito á esta relacion; pero viendo las seguridades del capellan que respondia con su vida de lo que estaba diciendo, y citaba por testigos á los soldados de mi propio regimiento, dudó y se propuso hacer indagaciones. Me dirigió una esquela á fin de que sin tardanza fuese á su casa, conforme lo ejecuté.

Estando en su presencia y habiendo dispuesto que nos dejasen solos, me exigió que le dijese quien era yo y cual mi clase. Le manifesté con altivez que estrañaba la pregunta, y sin mas palabras llamó al capellan que estaba tras cortina y le dijo «vea V. padre si reconoce á este caballero por el Cardenal de Toledo.» Me miró otra vez el capellan, y hablando al

general le dijo que no podia faltar á la verdad y que yo le parecia, segun mis facciones y estatura, que era un sargento primero del tercer batallon de Ciudad-Rodrigo llamado Francisco Mayoral natural de Salamanca.

El general me dijo entonces que respondiese á lo que acababa de oir; y yo señalando con el dedo al capellan contexté: — El señor se engaña y me hace un disfavor; pero la inocencia triunfará en medio de sus enemigos. — El capellan sostuvo con firmeza su aserto; citando en apoyo suyo á un cabo de mi compañía y á dos soldados del mismo batallon. Vinieron tambien estos á juicio; y bien enterado el general de sus declaraciones mandó meterme en un calabozo y dijo que el dia siguiente me haria fusilar. Me cogieron mis equipages, un birlocho con dos caballos, y la suma de cinco mil francos que habia podido reunir: me amarraron de pies y manos; y metido en la cárcel aguardaba por momentos el último de mi vida.

Doce dias permanecí sin saber lo que seria de mí : y cuando menos pensaba me dijo el alcaide que bajase porque era llegada la hora de partir. Lleno de regocijo pronto hube cogido mis tristes equipages ; y al llegar á la cocina me encontré con cuantro gendarmes que en tono de mofa me preguntaron si les daba palabra de ser hombre de bien. Contexté que nada les daria que sentir ; rogueles que tuviesen la bondad de conducirme segun me correspondia y á caballo porque no podia andar á pié ; y con aire no menos socarron dijeron que no perdiese cuidado pues iria en posta.

Al llegar á la puerta de la calle encontré un carreton descubierto con una poca de paja encima tirado de dos bueyes ; y me vi rodeado de bajo pueblo que hacia burla de mí , y no menos de las autoridades profiriendo mil expresiones indecentes y clamando. « ¡ Vengan el general y las monjas á besar la mano al Cardenal ! Hu

ga salva la artillería en obsequio de este Borbon!»

Yo no me atrevia á levantar la cabeza ni la vista, no esperando sino el instante de echar á andar, pero mis malditos conductores lo retardaban á propósito para que se hiciese escarnio de mí. Marchámos por último, y habiéndose disipado un tanto la primera impresion de este desagradable lance, me lamenté á presencia del público de mi conduccion indecente y de habérseme quitado mis equipages y dinero.

Andando asi destronado hiciéronme pasar por el pueblo en que despues de mi bendicion se hundió la bodega. Habia llegado antes que yo la noticia del chasco. Salió en consecuencia á recibirme todo el vecindario diciéndome á grandes voces que echase otra bendicion para ver si salía un nuevo milagro. El cura no cesaba de gritar á los gendarmes que me quitasen de allí, no fuera que se cayese la iglesia: y yo estaba corrido

de vergüenza deseando salir cuanto antes de aquel lugar, muy distante de pensar que me llevaban en derechura á Chatur....

Buen trecho antes de llegar á las paredes de esta villa encontré todo el camino lleno de gente, no solo del pueblo bajo sino tambien de los principales que me habian prestado homenage. Todos hacian burla de mí y decian con mofa á los gendarmes que me llevasen á la casa del general donde tenia preparada una buena comida y la habitacion y cama del príncipe de Asturias. Una nube de muchachos iba detrás de la carreta voceando y haciéndome gestos: y los pícaros gendarmes me pasearon por todo el pueblo antes de entrar en la cárcel.

El alcaide me metió en una de las peores estancias y me entró una poca de paja para acostarme. En estas tribulaciones deseaba mil veces que me quitasen la vida; crecia por momentos mi desesperacion; y el me-

jor consuelo habria sido la mas pequeña esperanza que perdí de poder otra vez engañar á los franceses por el mismo estilo ; ú otro somejante.

Despues de media hora de estar en la cárcel abrió el alcaide la puerta de mi calabozo y dijo que me traia una muy buena comida con su botella de vino , y que luego me pondria una decente cama. Quise averiguar quien era el bienhechor y me contestó : -- V. coma y calle , que nada se le pide. Adelante dije pues, y comí un bocado pensaudo siempre cual podria ser aquella alma caritativa.

Descansé por la noche mejor de lo que pensaba : y á las diez de la mañana del dia siguiente vino el carcelero á decirme que bajasé hasta la puerta dc la calle donde me aguardaban dos sugetos. Cumplí , y me encontré con dos gendarmes , que me llevaron á las casas consistoriales. Entré en un salón donde estaban el general y las autoridades civiles.

aquel me reconvino agriamente por mi valor ó atrevimiento de permitir que se me hiciesen los honores debidos á un príncipe; y añadió que hablase sobre la disculpa que pensaba dar á él y á mi soberano cuando me restituye á mi patria. Prosiguió diciendo que á lo menos le dijese quien era yo; que no tuviese ningun temor pues no pensaba hacerme el menor daño mientras estaria en aquella villa; y que deseaba conocerme por mi verdadero nombre y apellido.

No creí demasiado sinceras estas promesas; temí que si á las pruebas se añadia mi confesion me saliese peor la cuenta; y juzgué que era siempre mejor dejar alguna duda. Respondí por tanto que era el Cardenal de Borbon; que la ignorancia de dos ó tres soldados me habia reducido á tal estado; y que el gobierno francés tenia el poco miramiento de tratarme como un criminal por estos solos dichos. Replico el general que no le engañaria segunda vez:

vinieron en esto los gendarmes, y me volvieron á la cárcel.

Cuatro dias estuve en ella sin faltarme diariamente una buena comida: y me remitieron á la villa de Limoges. Mi miedo era extraordinario por lo que podia sucederme en los pueblos del tránsito dónde habia hecho de las mias. Siempre de cárcel en cárcel llegué por fin á dicha villa sin haberme sucedido novedad particular; pero á las veinte y cuatro horas me despidieron para Bribes, dondé me habia dado á conocer á la señorita Mavil.... por cardenal.

Nada podia afligirme tanto como pisar otra vez aquel pais. No sé como ni por donde se hizo pública mi llegada; y no fué la última que lo supo mi antigüa amiga. Mi entrada fué triunfante como la de la vuelta á Chatur... y tuve la cárcel por posada. La señorita Mavil... no me visitó: pero su humanidad fué tanta que me envió inmediatamente una buena cena, ordenó al carcelero que pagan-

do ella me diese toda la asistencia necesaria, y me hizo entregar cuatro luises de veinte y cuatro francos cada uno.

A los dos dias salí para la villa de Cahors donde se acordarán los lectores que eché á perder el órgano. Mi posada fué la de costumbre; y el dia inmediato vino á la cárcel un eclesiástico llamado Mr. Abrand exclamando. «¿Qué ha hecho V. por esa Francia; ha perdido V. el juicio?» Le rogué que no me hablase mas del negocio pues estaba muerto y lleno de pesar. Me espotó un sermoncillo, y me entrega veinte francos para que me socorriese. Mas le agradecí esto que el sermon, el cual hizo muy poco efecto.

Salí de Cahors dando gracias á Dios por haberme librado de tropiezos de consideracion en los pueblos que habian sido testigos de mis aventuras; y siempre de cárcel en cárcel llegué por primera jornada á Caussades. Diez dias me detuvieron aqui,

y acabé de gastar los pocos cuartos que me quedaban. El hambre me apretaba; y es claro que no hacia sino discurrir medios para aliviar mi infeliz suerte.

Entre los presos que estaban conmigo habia un francés que me parecia hombre de talento y emprendedor. Trabé alguna amistad con él y le pedí que me extendiese un certificado en los términos que luego esplicaré encabezado á nombre del vicario general de Cahors á quien conocí y traté segun se ha visto en el decurso de esta historia. No puso grandes dificultades á prestarme este servicio; y en efecto extendió dicho documento en que se certificaba que el portador, cuyas señas eran las mias, era D. Francisco Gabriel Negrete obispo de Plasencia, y presidente de Zamora, á quien las circunstancias de una triste revolucion habian causado su desgracia; por lo cual encargaba y pedia á los Illmos. Señores arzobispos y obispos, vica-

rios generales y demás eclesiásticos á quienes me presentase, que me socorriesen en lo que les fuese posible, pues le constaba lo mucho que mi familia habia hecho para los clérigos franceses emigrados en tiempo de la revolucion.

Quedé contentísimo con este escrito en el cual veia el principio á otra burla no menos pesada que la anterior. Deseaba vengarme de las mofas últimamente recibidas. Mi impaciencia era grande por ver que no me sacaban de villa; pero por fin al cabo de tres ó cuatro dias salí para la de Montauban.

Sin embargo de la poca probabilidad del buen resultado de mi proyecto, lo quise probarlo porque nada iba á perder; no lo hubiera no obtante tal vez arriesgado si hubiese sabido que mi pasaporte ú órden de conduccion hablase de mis hazañas, ó si no hubiese debido creer que en los continuos cambios de gendarmes se habia perdido enteramente la memoria de

ellas. Colocado pues en la cárcel de Montauban llamé al alcaide, y con aire misterioso le dije me convenia que llevase inmediatamente un papel al vicario general. Le pedí oblea para cerrar una carpeta en que envolví mis credenciales; y lo hice en su presencia para mas moverle la curiosidad de leer el pliego.

Así se verificó al parecer, pues apenas tuvo tiempo de haber andado cien pasos se vino corriendo, me sacó de entre los demás presos, me llevó á un cuarto separado, y me dijo que no tuviese cuidado: que nada me faltaria porque el vicario general y algun otro eclesiástico se habian refugiado á España en tiempo de la persecucion.

Estuve esperando con temor el resultado de este primer paso, pues saliendo mal por conocerse la firma del certificado, ó por tenerse noticia de mí, ó por otra causa imprevista, iba ser apaleado por el carcelero, y perdia enteramente toda esperanza

de burlarme otra vez de los franceses. Muy larga se me hizo la hora que se pasó en estas reflexiones que fueron interrumpidas con la llegada del vicario general y otros dos curas.

Yo admiré y admiro mas ahora la facilidad con que se dejaban llevar aquellas gentes de impresiones semejantes, pero ya conté con la ligereza que tanto me valió en otras ocasiones. Entro el vicario general dándome el tratamiento de Iltra., exclamándose de mi desgracia, y exortándome á la paciencia de los mártires. Luego dijo: «vamos á otra cosa,» y me preguntó que era lo que necesitaba porque venian dispuestos á socorrerme.

Viéndoles yo en aquel estado traté de aprovecharlo para meterlos en mayor confusion; tan embaucados estaban, que juzgué que todo se les podia hacer creer. Les dije que la desgracia me habia perseguido de todas maneras pues me hallaba bastante bien equipado y tenia algun dine-

ro ; pero que en la casa donde nos detuvimos á comer un poco á la salida de Cahors desapareció mi maleta con todo lo que habia en ella ; siéndome lo mas sensible la pérdida de todos los papeles , habiendo salvado casualmente la certificacion que no habian visto por llevarla en la faltriquera de mi levita.

Hice en seguida un poco el hipocriton exitándome yo mismo á la paciencia en todos los trabajos por ser la voluntad de Dios ; y entónces el vicario general con las lágrimas en los ojos y agarrándome las manos dijo que mi conformidad era la de un santo , y que pronto se aliviarian mis penas. Encargó al carcelero que nada me faltase , y se marchó con sus compañeros prometiendo volver mas tarde.

Poco antes de anochecer cumplió su palabra yendo acompañado de dos señoras. Estas al verme se pusieron de rodillas , y les dí la bendicion que solicitaron. Lloraban y yo las consa-

laba diciéndoles que no debíamos afligirnos por muchos trabajos que el Sr. nos enviase, pues queria probar nuestra paciencia y resignacion, que el padeció en una cruz hasta perder la vida; y que nos dió una escuela de virtud que debíamos seguir. Viendo dichas señoras mi serenidad cobraron valor; preguntaron que en lo que me faltaba, y el vicario general sin darme lugar á responder les dijo, que todo. Echaron entonces mano al bolsillo: me dieron cuatrocientos francos, á los cuales el vicario general juntó ciento por su parte; y añadieron que el dia siguiente me traerian alguna ropa

Con mi aumento de fortuna, bien cenado, y buena cama, pasé una noche feliz y tranquila. Aguardé con ansia la venida del equipage porque debia marchar al otro dia; en efecto por la tarde se presentaron las mismas señoras y el vicario general, trayéndome una levita nueva, unos pantalones, un chaleco, tres pañue-

les, dos pares de medias, un corbatin y cuatro camisas. Yo no cabia en mí de gozo y les dí las mas expresivas gracias; hubiera quedado ya contento con esto, pero mis bobos bienhechores dijeron que todavia querian hacer mas. Pusieron las señoras en mis manos dos cartas de recomendacion para unas amigas suyas; y el vicario general tres, la una para el de igual clase de Tolosa, y las dos para otros canónigos.

Este presente fué apreciado de mí mucho mas de lo que ellos creyeron, y salí de Montauban hácia Tolosa con un buen carruage: no descuidé gratificar á los gendarmes que me custodiaban, á fin de estar mejor servido. Llegué muy descansado á dicha villa, y fuí recibido por su alcaide mucho mejor de lo que lo habia sido por los de las otras cárceles: un pequeño gesto de los gendarmes le dió á conocer que tenia que gastar.

Cuando hube reconocido y encontrado á mi gusto la habitacion inde-

pendiente que me dió el carcelero, pedí un criado para llevar unas cartas, y al momento llegó una muger á recibir mis órdenes. Le encargué la entrega en manos propias de las personas á quienes iban dirigidas. Así lo cumplió diciéndome que una de las señoras era baronesa, y la otra de las principales de la villa.

No dudé de que no tardaria mucho á tener visitas; y las primeras fueron de las dos damas que vinieron muy cerca la una de la otra. Ambas me obsequiaron muchísimo, preguntándome por sus amigas de Montauban, rogándome les dijese con franqueza si habia de menester alguna cosa: les respondí que por entonces nada me hacia falta sino la libertad. Estuvieron un pequeño rato pensativas; hablaron entre sí alguna cosa á medias palabras; y en seguida me dijeron que tal vez respondiendo ellas de mí podrian lograr tenerme en una de sus casas. Les manifesté cuan agradecido deberia quedar á tan singular fineza, y se marcharon.

No sé de qué medios se valieron, ni cómo se trampeó la cosa; pero lo cierto es que al anochecer el carcelero mismo me acompañó á la casa de la baronesa de Cambry, principiando de esta suerte un nuevo enredo, del cual salí más bien de lo que debia esperar. Dicha señora me aguardaba: la doncella abrió la puerta; y una señorita me condujo al gabinete donde estaba su mamá; la cual por sí misma acercó una silla á la suya para que me sentase.

Yo estaba loco de contento porque en mi vida aventurera no podia apetecer sino lances de esta especie; pero de otra parte me hallaba confuso y sin tranquilidad. Teníamos con madre é hija una conversacion indiferente, cuando entró el vicario general, á quien dijo el carcelero que me encontraria en casa de la baronesa, segun así se lo dejamos advertido.

Aquel eclesiástico me llenó de obsequios; manifestó deseos de indicarme en que podria serme útil, aunque

consideraba que hallándome en compañía de la Sra. baronesa nada necesitaria, pero no obstante que cumpliria en ponerse á mi disposicion como á superior suyo y por el embargo que le habian hecho sus compañeros. Me pidió por último que le dijese si tenia algun inconveniente en que participase secretamente mi llegada al arzobispo.

Todo lo maravilloso y extraordinario me agradaba, y deseaba escenas peligrosas: era sumo el placer que me daba el salir bien de un terrible aprieto. Respondí en consecuencia que tenia mi beneplácito para manifestar á aquel prelado que yo disfrutaba por unos dias la amable compañía de la Sra. baronesa. Se despidió con esto el vicario general.

Llegó muy pronto la hora de cenar; y despues de haber concluido, siendo para mí los mejores bocados que á porfía se disputaban poder darme madre é hija, dijo aquella á esta que junto con la doncella, que tomó

una luz, me acompañase á mi cuarto. La señorita al dejarme me tomó la mano para besarla y pidió que le diese mi bendicion. Esto me costaba muy poco trabajo, y no me hice rogar segunda vez.

Pasé la noche cavilando, no tanto sobre el berengenal en que me habia metido, como en las gracia de la hija de la baronesa: sabia por esperiencia que los grandes personages tienen mucho adelantado para enamorar, no desconfié por lo mismo de hacerme querer por ella. Madrugué bastante; y cuando con motivo de haberme oido llamó la doncella preguntando si se me ofrecia alguna cosa, supe que la señorita estaba levantada ya y que la madre no acostumbraba hacerlo hasta las diez.

Entró luego aquella á darme los buenos dias, y sus labios angelicales tocaron otra vez mi mano. Me contó con la mayor inocencia, que habia pasado una gran parte de la noche pensando en los trabajos que yo ha-

bia padecido, y que se hubiera tenido por muy dichosa de aliviarlos, y aun de compartirlos conmigo. Contesté elogiando su buen corazon y su virtud manifestándole mis esperanzas de que la providencia permitiria que yo pudiese corresponder á tantos beneficios que estaba recibiendo de ella y de su mamá. Yo habia salido maestro en el arte de amar místicamente; y supe conducirme tambien, que la señorita dió muestras de estar místico-prendada de mi hasta el punto de desear venir una temporada á España conmigo si su madre le diera licencia.

En el entretanto llegó la hora de levantarse la baronesa, la que por primera visita se vino á mi aposento donde me encontró solo. Hízome una cortesía muy amable y magestuosa; preguntó si habia descansado; y luego sonriéndose dijo que yo habria sin duda estrañado que no me besase la mano ni pidiese la bendicion, pero que debia saber que ella

no era católica. Añadió que no por esto creia estar faltada de humanidad y de las demás virtudes.

Como no iba preparado para un lance de esta naturaleza, quedé sin saber qué decir. La baronesa conoció mi turbacion, y prosiguió diciendo que no admiraba mi suspension porque seguramente yo hasta entonces no me habria visto tan obsequiado por personas de diferente religion. Me manifestó que no tuviese ningun cuidado pues en su compañía nada me faltaria, y estaria quizás mejor que en la de un católico. Contesté que no me habia sorprendido el decirme que su religion no era la mia, sino el que tampoco fuese la de su hija. Se enterneció la baronesa al oir estas últimas palabras, é íbamos á proseguir nuestra conversacion sobre esta materia, pero nos interrumpió la doncella avisando que el coche del arzobispo habia parado en nuestra puerta.

Nos preparamos para recibir á S. Ilustrísima que venia acompañado

del vicario general; y aquel despues de hecho el saludo á la dueña de la casa se vino á mi, abrazándome y llamándome hermano me compadeció por los trabajos que el Señor se habia dignado enviarme. Me ofreció su persona y palacio sin entender agraviar á la señora baronesa de quien estaba seguro recibia yo mas obsequios de los que él podia dispensarme; y dijo que el dia siguiente me esperaba á comer con dicha señora y su hija.

Para poder aceptar este convite se ofreció la dificultad de que yo no podia ser visto para no comprometer á las personas que consentian mi permanencia en aquella casa, pues mi posada debia ser la cárcel pública. Se discutió cual seria el mejor medio; y por último se adoptó el de no valernos del coche del arzobispo ni del de la baronesa, y si del de una hermana de esta que tapaba perfectamente de suerte que no seríamos conocidos. Y abrazándome otra vez le

prelado que puso en mi mano dos mil francos en oro, y se retiró.

La fortuna volvia á presentarse muy propicia y apenas me acordaba de los disgustos pasados. Mi tendencia á lo maravilloso ó extraordinario me hacia olvidar con facilidad los peligros; y aquel dia me ocupó exclusivamente la última conversacion tenida con la baronesa. Busqué ocasion de proseguirla; y puesto en el empeño de emprender cosas grandes formé el proyecto de convertir á dicha señora á la religion católica.

Nos hallábamos solos en un salon despues de haber comido, é hice de manera que se volviese á hablar de la diferencia de religion entre ella y su hija. Manifestó entonces otra vez enternecida que esta seguia la de su padre, y ella la del suyo tambien; que esta diversidad de opiniones le habia ocasionado ciertos disgustillos domésticos; y que tampoco al presente gozaba la tranquilidad que su corazon apetecia.

Demostré que tomaba una grande parte en sus penas; hice ver que estaba lleno de sentimiento; añadí que un corazon como el suyo merecia poder abrazar á su hija sin el mas leve motivo que acibarase aquel placer: entré luego en reflexiones que no se de donde ni como salieron, ni si eran buenas ó malas; la rogué que abrazase la ley de su hija; y dije, que si el lograrlo no dependiese mas que de mi vida, la sacrificaria gustoso por su tranquilidad, y en recompensa de los favores de que le era deudor.

A modo de aletargada quedó la baronesa. Le pregunté si le incomodaba mi conversacion. Respondió que no; y en tono resuelto dijo haber determinado hacerse católica, y que daba gracias al Señor por haberle proporcionado esta ocasion para romper sobre un negocio que la ocupaba desde algunos años. Me encargó que lo participase al arzobispo, dejando á la direccion de los dos el disponer lo conveniente para su bautismo.

Fué esta escena muy tierna la que luego siguió entre madre é hija; y esta creyéndome autor de su dicha, me mostraba de mil maneras su gratitud. Se pasó aquel dia con una alegria inexplicable, y al siguiente fuimos á comer con el arzobispo segun se lo teníamos prometido. Al levantarnos de la mesa llamé aparte al arzobispo y le participé la conversion de la Baronesa; lo celebró muchísimo; se dirigió á ella dándole el parabien y exortándola á que no se apartase de su propósito y se preparara para recibir el bautismo cuando gustase. La Baronesa respondió que se le diese tan pronto como fuese posible; y entónces tomándola de la mano el arzobispo la llevó á otro aposento donde la instruyó en los misterios y preceptos de nuestra religion que no eran desconocidos á dicha señora. Fué no obstante muy larga la conferencia, durante la cual permanecí cuasi siempre solo con la señorita que me cobraba cada momento mucho mas afecto. Conquistada para Dios el

alma de su madre, no me hubiera disgustado conquistar á la hija para mí, y resolví trabajar para conseguirlo.

Volvieron al salon el arzobispo y la baronesa, y aquel dijo haber quedado acordes en que mañana recibiria el bautismo secretamente á fin de que yo pudiese asistir á tan augusta ceremonia, pues, segun ambos añadieron á mi me correspondia servir de ministro. Me escusé diciendo al arzobispo que él era el pastor, y que yo me contentaba con asistir simplemente pues así convenia; y respondió que se hiciese mi voluntad.

Regresamos á casa siendo hora de cenar; y despues de haberlo hecho, las buenas noches de la Baronesa fueron mas expresivas pues besó mi mano y me abrazó. La señorita como de costumbre vino á acompañarme hasta la puerta de mi gabinete, y se me mostró tambien mas obsequiosa. Con este motivo establamos formal conversacion, y nos declaramos mútuamente que el uno no se hallaba bien sino en compañía del otro. Hu-

bo suspiros y desmayos ; y una verdadera declaracion de amor.

Se retiró la niña á su gabinete, y yo entré en el mio: no pude dormir en toda la noche, y á ella le sucedió otro tanto. Aquella misma mañana despues del desayuno me regaló un anillo de diamantes: nuestra mayor pena era la de pensar en separarnos, y formábamos proyectos para evitarlo, otro de los cuales fué el que se realizó como se verá mas adelante.

Se acercó la hora de ir al palacio del arzobispo para el bautismo de la baronesa. Salió el vicario general á recibirnos en la primera pieza, y despues de haber estado un rato sola dicha señora con su prelado, se celebró la ceremonia sin mas concurrentes. Habiéndose todos empeñado en que yo á lo menos designase el nombre, dije que le pusiesen el de María Luisa Francisca, esto es, el último por ser el mio propio, y los primeros los que habia tomado fingiéndome cardenal. Concluida la funcion me abrazó y besó la baronesa diciéndome que

dispusiese de cuanto ella poseia.

Se celebró la fiesta quedándonos tambien á comer con Su Ilma., y retiramos bastante entrada la noche. Nos volvímos muy contentos á casa; y era tan extraordinario el gozo de la Baronesa, que un rato que estuvimos solos en el salon se hechó á mis brazos expresando que no sabia como recompensarme el favor que le habia hecho, me besó, é hizo demostraciones tales de cariño que no me dejó casi dudar de que tenia dos queridas en una misma casa.

La órden que traian los gendarmes acerca de mi persona era la de conducirme de cárcel en cárcel hácia la frontera de España para dejarme en este territorio luego de concluida la paz que se tenia por hecha; y decia que se ignoraba quien era yo. Así fué que pudo sin dificultad alcanzarse que yo permaneciese semi-oculto por una temporada en casa de la baronesa, y que tal vez hubiese podido durar mas tiempo. Al cabo empero de un mes que estaba disfrutando

con el mayor arreglo de tan buena compañía, determiné salir con el fin de hacerme encontradizo con el Rey Fernando que supe se dirigia á España por Perpiñan y pedirle perdon y obtener su indulto.

Con esta idea que yo llevé oculta dije á la baronesa que me convenia presentarme luego á mi soberano; ella prometió ausiliarme en cuanto pudiese; y en su consecuencia, despues de bien tramado el plan, se hizo entender á la autoridad á quien correspondia que me llevase adonde debiera.

El dia antes de mi partida la señorita marchó por disposicion de su madre al pueblecito de Felc., donde yo debia pernoctar, para tener prevenido un carruage y buenos caballos. La baronesa se preparó para venir conmigo en el coche que alquilé, de suerte que parecia ir tambien custodiada por gendarmes; y llegados al citado lugarcillo, con dinero se logró que estos nos permitiesen quedar en el meson bajo la vigilancia de ellos mismos.

Todo lo habia perfectamente ejecutado la señorita acompañada de una muger de confianza con arreglo á las instrucciones de madre. A media noche, cuando todo el mundo descansaba y á la señal convenida, se me avisó por un criado del meson metido en la trama que me dejase caer por la ventana con una cuerda que trajo preparada, y que á muy pocos pasos de distancia hallaria un carruage que me aguardaba.

Nada se descubrió; subí en el coche; y sentado al lado de mi querida señorita se hizo muy corto el largo trecho que hubimos de andar hasta un pueblo llamado Salces. Aquí en donde pensó la Baronesa que permaneciésemos escondidos en la casa de unos parientes suyos para realizar mi proyecto cuando llegase la ocasion. Fuimos recibidos con mucho agasajo por aquella honrada y virtuosa familia; y sin pérdida de tiempo se reunió con nosotros dicha señora baronesa.

Así que aquellas buenas gentes su-

pieron por boca propia de esta su conversion á la fé católica no sabian que hacer en obsequio mio ; y la circunstancia de haber sabido que el rey Fernando habia ya entrado en España, por cual motivo no podia realizarse el proyecto que tanto nos dió que pensar y trabajar, hizo que no me negase á las reiteradas súplicas paraque me detuviese una larga temporada en aquella casa. Permanecí mas de un mes sin salir, y creyendo que despues de tanto tiempo no correria ningun peligro, determiné dar un paseo por el pueblo. Reparé que mi persona habia llamado mucho la atencion de unos gendarmes y que no me perdieron de vista hasta verme entrar en casa : temí luego ; y en efecto no tardaron mucho á presentarse diciendo que tenian órden de llevarme á Perpiñan.

A ruegos de la baronesa, de su hija, y de sus amigos, se pudo conseguir el retardo de mi marcha por quince dias bajo pretexto de hallarme enfermo : finido empero este plazo

fué preciso obedecer, y vinieron acompañándome hasta Perpiñan mis dos amigas. Yo fuí conducido al castillo ó fuerte, y la baronesa practicó diligencias en favor mio, para lo cual le sirvió mucho su parentesco con el prefecto.

Once dias estuve en dicha ciudad y aunque mi calidad era la de preso, tuve proporcion de salir por las noches. Se acercaba el momento de entrar en mi amada pátria: un sargento de la gendarmería me notificó con un dia de anticipacion que debíamos dirigirnos á la frontera: lo supieron la baronesa y su hija, y era mucho su dolor; solicitaron mi consentimiento que les otorgué, para hacer diligencias á fin de poder disfrutar algunos dias mas de mi compañía; pero yo que no deseaba sino salir cuanto antes de estos enredos, convine con el gendarme que marcharíamos aquella misma noche, y dejé una carta escrita para la baronesa asegurándola de mi eterna estimacion y agradecimiento. La fecha era de 21 de julio de 1814; la firma *Negrete*.

Dejé Perpiñan despidiéndome de Francia y de todas mis glorias y reveses, conservando únicamente de aquellas, 400 francos, un buen equipage, y la satisfaccion de haberme burlado completamente de mis enemigos. Me acompañaban diez gendarmes, dos de los cuales se adelantaron para dar aviso á Bellagarda de mi llegada á fin de disponer la entrega de mi persona en la Junquera. Al pasar por frente de aquel fuerte se nos reunió un oficial con una partida de tropa francesa, quien notició inmediatamente al comandante español de la Junquera que iba á entrar un personage de su nacion.

Dicho comandante, un regidor, y el cura párraco se adelantaron para saber quien era yo, habiendo dejado á la tropa formada para lo que fuese menester. Se hizo mi entrega con una solemnidad que admiraba; el oficial francés puso en manos del español varios papeles que hacian referencia á mí, y anduve muy agasajado hasta la casa consistorial. Aquí el coman-

dicte principió á examinar dichos papeles; confuso por lo que de ellos resultaba, pues en los unos se me tenia por el cardenal de Borbon, en otros por un obispo, en otros por un sargento; y segun otros era un enigma mi persona, mandó que nos dejasen solos. Me manifestó hallarse admirado de lo que estaba leyendo, y que queria le declarase quien era yo para tomar las ulteriores providencias convenientes. No vacilé en decirle quien era y en que términos habia engañado á los franceses: y la respuesta fué que al dia inmediato saldria escoltado para presentarme al general de aquel canton.

Así se verificó; y en el camino, sin que pudiese saber por quien ni cómo, me quitaron mi maleta en que existia el poco patrimonio ahorrado en mis aventuras: y habiendo sido remitido al Capitan general, entré en la ciudad de Barcelona desde donde fuí conducido á la Ciudadela, y colocado en un obscuro calabozo. Caí enfermo de resultas de esto al cabo de

cuatro meses, y me hallo desde entonces en el hospital algo mejorado pero con la salud perdida aguardando el resultado de la causa principiada y deseando echarme á los pies del Soberano para darle mis disculpas y obtener su perdon.

De esta manera concluyó la relacion de su historia aquel hombre singular, habiéndola escrito en los calabozos de la Ciudadela y de la Inquisicion, y en las salas del hospital donde por fin murió bajo la misma calidad de preso. Durante los pocos meses que vivió despues de su regreso á España, se manifestó extraordinariamente afligido por el modo con que fué tratado. Entre sus manuscritos dejó una tosca poesia titulada Mis reflecciones, en que dice no esperaba que al llegar á su amada pátria se le privase de respirar su aire libre, porque tanto habia suspirado, metiéndole en lóbregos y hediondos calabozos: muestra vivos deseos de que lo llevasen á la presencia del soberano, pues creia dejarlo absuelto si le escuchaba, no dudando obtener su perdon: demuestra no haber incurrido en ninguno de los varios delitos de que hace sucesivamente mencion, y que se hubiera puesto en salvo si se hubiese creido culpable ó podido pensar que recibiria el tratamiento que estaba experimentando: añade que el hecho de fingirse cardenal de Borbon engañando á Napoleon y á la Francia era una accion grande, por sola la cual merecia indulgencia de los excesos que hubiese en las circunstancias que la acompañaron: ruega á sus compatriotas que vivan seguros de que en su vida ningun otro

crimen cometió: y concluyo diciendo ser hijo de un caballero cuyo corazon sensible sufriria mucho al saber sus padecimientos, los cuales debian acabar muy pronto con él.

Tambien el sargento Francisco Mayoral ensayó en su encierro la formacion de un drama en que hacia representar á varios personages de que habla en su historia: su imaginacion viva le inspiraba mil proyectos para que su nombre y hazañas se transmitiesen á la posteridad: y estos trabajos fueron interrumpidos demasiado pronto con la realizacion de sus tristes presentimientos. Es sensible, conforme él se esclamaba de ello, que con motivo de los varios saqueos que sufrieron sus equipages se perdiesen unos papeles ó notas que hubieran servido para formar su historia mas circunstanciada en lugar y tiempo, y es todavia mas sensible la temprana muerte de un hombre de cuyo talento y amor al país que le vió nacer podia esperar la pátria eminentes servicios.

FIN.

